

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1872. — TOMO XL.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 31. — N° 1,024.

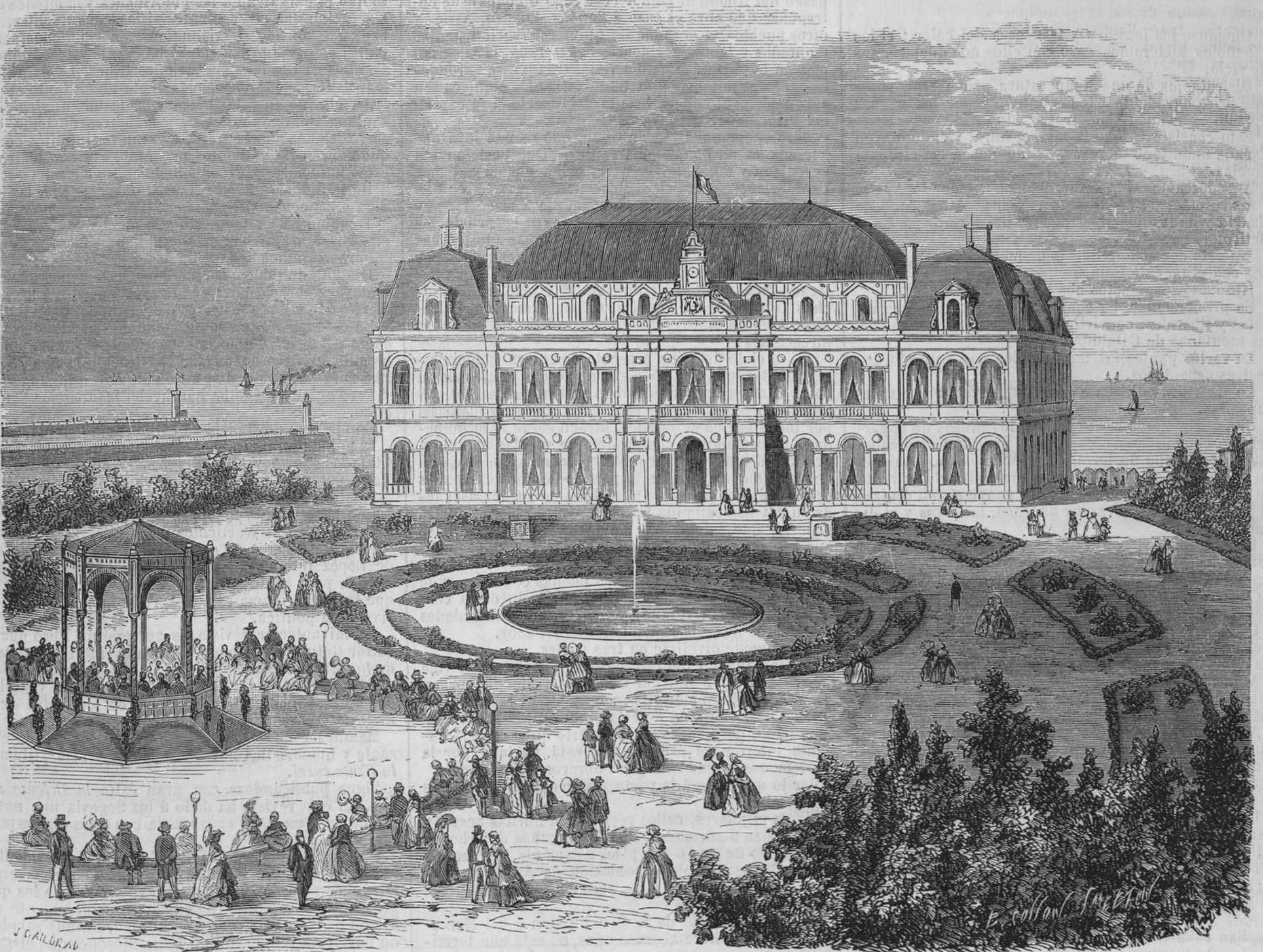
Administración general y Redacción : Passage Saunter, número 4, en París.

SUMARIO.

Los baños de Boulogne; grabado. — Revista española. — El aniversario de Frœschwiller; grabados. — La guer-

ra naval del porvenir; grabados. — Revista de París. — El viajero Livingstone y la expedición de M. Stanley; grabados. — Estudios históricos: La vida y hechos de Atila. — Excursion por el Mediodía de Francia;

grabados. — ¿Qué hará de ello? novela escrita por sir Edward Lytton Bulwer. — Problemas de ajedrez; grabado. — Las nuevas fortificaciones de Estrasburgo; grabado.



El establecimiento de baños en Boulogne del Mar.

Los baños de Boulogne.

Hace largo tiempo que tiene fama la playa de Boulogne, porque, en efecto, carece de rival, tanto por su extensión, de más de 12,000 metros, como por su superficie, tersa por todas partes, lo que facilita la circulación. A principios de este siglo, se fundó en Boulogne una estación de baños, para lo cual se construyó un establecimiento á la orilla del mar, y bañado en cierto modo por su última oleada. Altos personajes, ilustres escritores franceses y extranjeros no tardaron en visitar el establecimiento de Boulogne; y como esta boga iba en aumento, preciso fué que la fundación se mejorase.

Así fué: se hicieron nuevos planos; el antiguo establecimiento fué demolido en febrero de 1863, y sobre el sitio que ocupaba plantaron una gran parte de los magníficos jardines que dan acceso al nuevo Casino.

El nuevo establecimiento representado en nuestro dibujo, con sus grandes dependencias, es admirable. Hubo que crearlo todo con arreglo á las necesidades modernas: servicio de baños en el mar, servicio de los baños hidroterápicos, servicio del Casino, etc.; pero á fuerza de trabajo y de celo la municipalidad logró vencer todas las dificultades, y engalanó la ciudad con un monumento que contribuye mucho á la fortuna de Boulogne.

Los baños de mar de Boulogne son frecuentados principalmente por familias inglesas; y la cifra de esta población flotante se calcula, en esta temporada, en más de cuatro mil personas.

H. C.

Revista española.

Introducción. — Desdichas. — Los que se van. — El verano en Asturias. — Diversiones de Madrid. — Libros. — *Las Mujeres*, por Cánovas del Castillo. — Pensamientos bellísimos. — Un retrato en tercetos de González Bravo. — Mas poesía. — Dos coplas.

Quéjense los ingleses y franceses del calor: si los españoles hiciéramos coro con ellos nos quejariamos de vicio.

Disfrutamos de una temperatura primaveral, sopla una brisa agradable á todas horas, y por las noches no solo experimentamos fresco, sino frío.

Esto consiste en que la temperatura, viendo que en España anda todo al revés, se amolda á las circunstancias.

Agradecemos esta deferencia al rubicundo Apolo, y disfrutemos de las frescas mañanas del Parque de Madrid y de las apacibles noches del Jardín del Buen Retiro.

Sin este consuelo tendríamos motivos para enfadarnos con el mes de julio.

¡Qué de espectáculos nos ha ofrecido!

En primer lugar, ha continuado la lucha entre carlistas y liberales, convirtiéndose en campo del honor las montañas de Cataluña.

En varios puntos las tempestades han causado desastres espantosos.

En Madrid... ¡oh! en Madrid han sucedido cosas estupendas.

Una noche corre la voz de que los presos de la cárcel han comenzado á escaparse, y cuando se dedican á buscarlos estalla un formidable incendio en el palacio de la marquesa de Villaseca, edificio situado enfrente de la cárcel, y en pocas horas se convierte en cenizas el palacio, los muebles, los adornos, las joyas y el dinero.

Poco después se ve asaltado el coche del jefe del Estado, en lo más céntrico de Madrid, en la calle del Arenal, por quince ó veinte hombres, que, apostados en las esquinas, descargaron sus trabucos sobre Don Amadeo y su esposa.

La autoridad, que acecha, sorprende á los asesinos, lucha con ellos, mata uno, hiere á dos, coge á tres y los demás escapan.

Aun es la hora en que no ha podido averiguarse quién ideó tan infame atentado, ni si fueron los presos cómplices de los escapados.

Algunos días después y en la misma calle, el pobre cura de Alcázar, furibundo carlista que se ha batido recientemente en Toledo, entra en un bazar de ropas hechas, se compra un traje, y al salir se apodera de su persona dos agentes de la autoridad.

Le han reconocido dos jóvenes, le han delatado, y su prisión produce un alboroto.

Unos se alegran: otros denigran á los delatores.

Total: agitación, peligros.

Es extraño que á pesar del buen tiempo emigren de Madrid los ricos y aprovechen las modestas fortunas los trenes de recreo que van á Portugal, á Valencia, San Sebastian y Santander para evitar las emociones que á cada paso les ofrece la corte?

De ningún modo; por eso á las horas de la salida

de los trenes están llenas las estaciones de madrileños que nos dejan, temiendo no encontrarnos sanos y buenos á la vuelta, sino con ataques de nervios, perniquebrados ó con algunas costillas menos.

Pocos son, sin embargo, los que se van á San Sebastian: hay temor de que la guerra allí apagada vuelva á encenderse. Por eso eligen muchos la tranquilidad de Lisboa, en donde, sin embargo, parece que los republicanos se agitan *sotto voce*. Otros, la mayor parte, se van á Santander, en donde los pacíficos montañeses ofrecen garantías de paz.

Allí ha ido á tomar baños Don Amadeo de Saboya, allí ha ido á pasar una temporada medio Madrid, y el Sardinero, según me escriben, es en la actualidad un Madrid en pequeño.

No pocos emigrantes se han ido á Asturias, y como estoy seguro de que leerán este artículo muchos hijos de aquel hermoso país, voy á reproducir una bellísima descripción de Gijón, que ha llegado á mis manos.

Tratándose de una excursión á Asturias, dice el viajero, bien puede decirse que desde el momento en que se toma su vía de hierro especial, comienzan las emociones y los goces que en un país accidentado, frondoso y bello puede proporcionar al *touriste*. Después del paso por las poco agradables llanuras de las provincias de Palencia y León, la subida desde la capital de esta última á la divisoria de la cordillera por ferro-carril, por las verdes alamedas del Berneiga, la aspereza del terreno y la elevación á tan considerable altura, sirven para preparar el ánimo al grande y sorprendente espectáculo que ofrece desde lo alto del puerto de Pajares, en el Pirineo asturiano, que divide las aguas del Duero y del mar Cantábrico, y á 1,376 metros sobre el nivel del mar, la vista en conjunto de los diferentes y variados grupos de montañas que constituyen el gran escalón al mar, uno de los más pronunciados de nuestra España.

La rapidísima bajada desde el puerto á Oviedo, por los frescos valles de Lena, Mieres y otros puntos á cual más pintorescos, dominando unas veces las crestas de los montes coronados de nubes, recorriendo otras las márgenes de las corrientes que marchan por el fondo de los abismos, proporciona puntos de vista variados, y sensaciones que buscan con avidez, y no siempre encuentran, los habitantes del interior.

El trayecto de Oviedo á Gijón, de 32 kilómetros de ferro-carril, que pronto se abrirá al público, cruza igualmente un notabilísimo paisaje, pues las vueltas y túneles de Vilabona y Villardebeago, Serín, con su elevado y elegante viaducto de sillera de once arcos, el paseo del Aboño al lado del estrecho ó boquete de Entrepeñas que abre el paso á Candás, Luanco, Avilés y otros pueblos; y después de tanta estribación, tantas montañas y tantos accidentes del terreno, la vista del mar en la parte última del viaje, tranquiliza verdaderamente el ánimo algún tanto fatigado, siquiera sea agradablemente en la bajada del puerto á la capital del Principado.

Pero ocupémonos ya de Gijón, que es una joya engarzada en verdaderos diamantes. ¡Qué posición tan despejada y tan bella la suya, orilla misma del mar Cantábrico, entre los dos cabos de Torres y de San Lorenzo, y no envuelta y ahogada por sus costados y el interior, como los puertos mismos de las provincias Vascongadas, por una serie de montañas que cercanas y elevándose á alturas enormes, destruyen por completo el horizonte y opuesto al mar, sino que colocado en el límite marítimo de una planicie de muchos kilómetros de anchura, suficientemente accidentado, respira libre y desembarazadamente en todas direcciones!

Así el cielo de Gijón presenta una circunstancia especial. Bayona, San Sebastian y otros puntos de la costa Cantábrica, y aun Bilbao y otras poblaciones algún tanto separadas de ella, por estar rodeadas casi por todas partes de montes, atraen sobre sí la humedad, y formándose continuamente nieblas y nubes, ocultan demasiado frecuentemente el agradable azul del firmamento y privan al paisaje de uno de sus más recomendables primores; en Gijón no sucede así; toda su extensa campiña forma una especie de llanura general, que impide los fenómenos citados; al paso que representa todos aquellos accidentes en el terreno, que reclama la variedad del campo.

Y á esto se debe también las buenas condiciones de su clima, no tan lluvioso como en el resto de la costa, sobre todo en verano, y fresco y sin humedades perniciosas durante la temporada de baños.

Gijón puede dividirse en tres partes.

La montaña de Santa Catalina, al NE., que forma una especie de Península unida á la ciudad por un istmo de corto número de metros, es el origen á Gijón. La parte antigua de esta ciudad, de escasa consideración, pues se limita al caserío que ocupa la vertiente interior de este monte, está poblada por la clase menos acomodada y los obreros y marinería.

Por lo que hace á la parte moderna, su trazado es notabilísimo.

Plazas regulares, calles rectas, con buenas aceras y empedradas ó afirmadas, dotadas algunas de árboles, con caserío de uno ó dos pisos solamente, nos recuerda el bello aspecto de la población de Aranjuez, trazada de nueva planta, y de algunos pueblos ingleses y alemanes.

La plaza principal de la Constitución ó del Mercado, comenzada hace algunos años, no está aun terminada; rectangular y aunque poco espaciosa, gracias á los soportales ó galerías de arcos que la adornan en

su parte baja y al aspecto de los edificios solo de dos pisos, y adornada además en uno de sus frentes con la Casa Consistorial, produce muy buen efecto. Lo mismo sucede con la Estacada, gran plaza-jardín propia de un pueblo importante, y con otras que no recordamos. La calle corrida, espacioso bulevard que corta casi de N. á S. la población en dos partes próximamente iguales, y con grandes aceras, bancos y buena arboleda, es digno también de una gran ciudad. La calle de San Bernardo es también digna de una gran capital.

Los paseos son muchos, de variadas circunstancias y todos agradabilísimos. El bulevard de que antes hemos hecho mención, ofrece en el interior á todas horas, y sobre todo las noches de verano, profusamente iluminado, y recibiendo las brisas del mar, un especialísimo sitio de expansión y descanso, que da á Gijón el color de una capital de primer orden, no solo por las circunstancias del local, sino por el número de los concurrentes y por su distinción.

El campo de Valdés, orilla de la concha, en San Lorenzo, es más melancólico y para muchos no menos agradable, así cuando el sol luce sobre el horizonte, como después de su ocultación por Occidente. ¡Y qué paseo más original y más grato á todas horas, y especialmente en las tardes de verano, que el del Morro del dique exterior del puerto! Muy avanzado en el mar, espacioso como una plaza, limpio como una sala, y con sillas arimadas á su enorme espaldón, sillas que al caer la tarde se ocupan por la mejor sociedad de la población; este paseo, en el que la respiración se hace con más facilidad, la vista se recrea con el avanzamiento de las olas y su rompimiento en el mismo espaldón, el oído se entretiene con el murmullo de las aguas, y todos los sentidos, en fin, encuentran vasto campo á diferentes clases de goces, no tiene, puede decirse, rival.

El de la montaña de Santa Catalina, en las tardes serenas y frescas ofrece un grande espectáculo, dominando la inmensidad de los mares y viendo surcar á todas horas y no lejos de la costa grandes vapores y embarcaciones de todas las naciones.

Completamos esta interesante descripción de una ciudad ilustre que en poco tiempo ha mejorado considerablemente, con la reseña de las diversiones que ofrece Asturias á los viajeros.

Las romerías que durante los meses de verano se verifican en todas las parroquias, son dignas de la atención del viajero: muy concurridas, en ellas se ve desde luego como en las provincias vascas, el respeto que el país tiene á las autoridades y la mística consideración que ofrecen entre sí los concurrentes, hechos que apenas se vislumbran en reuniones semejantes en otras provincias del Levante y del Mediodía. En ellas se ven los más variados trajes. La danza prima, baile mesurado y ciertamente algún tanto monótono, alterna en estas fiestas con la alegre *giralduilla*, cantada y bailada á la vez, y manjares de todas clases, rociados con la sidra, alegran los infinitos corros que cubren las deliciosas praderas, que son teatro de estas bulliciosas y agradabilísimas romerías.

Hermoso país y hermosas costumbres. ¡Dios las bendiga y las conserve!

También ha visitado este año mucha gente á Valencia, cuyas fiestas han estado animadísimas.

Pero volvamos á Madrid.

Los que no podemos abandonarle tenemos que contentarnos con pasear en el Prado, ó asistir á los conciertos ó funciones teatrales del Jardín del Buen Retiro.

En este ameno teatro ha aplaudido el público la *Liquidación social*, humorística zarzuela de actualidad, y ha silbado otras dos zarzuelas, titulada la una *el Barón de la Castaña*, y la otra de *Madrid á los Infernos*.

Pero aplausos y silba han hecho las delicias del público.

En el Circo de Madrid se cantan también zarzuelas.

El público prefiere los bailes de espectáculo, y á los titulados *Flama* y *el Espíritu del mar* seguirá *Barba Azul*, del que se cuentan maravillas.

A falta de otras distracciones tenemos que buscarlas en las letras, y por mi fe declaro que este mes he saboreado libros y artículos deliciosos.

En primer lugar, la colección de artículos políticos de Lopez Guijarro, artísticamente escritos, me han servido para admirar el talento del autor, y lamentar que tan bella pluma se consagre á pintarnos las miserias de la política.

En mi anterior revista os anuncié un libro que el editor Guijarro va á publicar con el interesante título de *Las Mujeres españolas*.

Cánovas del Castillo ha escrito el prólogo, y si el libro corresponde á él, hará época en los fastos de la historia contemporánea.

Manini ha enriquecido su Biblioteca con una interesante y humorística novela de Ortega y Frias, titulada *la Gente cursi*.

Segue publicándose con gran éxito la *Defensa social*. En esta revista ha dado á luz Segovia una notable *Carta á un Ateo*, encabezada con estos dignos pensamientos:

« El número de los desdichados, dice, es evidentemente, y ha sido siempre, en este que con razón llamamos pícaro mundo, muy superior al de los que gozan, no ya completa felicidad, sino meramente un asomo de ella. Esto, de puro antiguo, es muy sabido: no hay secta religiosa ni sistema filosófico que niegue un hecho tan constante. También son antiquísimos los conatos que para remediar ese desequilibrio han ima-

ginado los hombres, siendo tales tentativas siempre frustradas y siempre ineficaces: todo esto se ha dicho y repetido, sin que tan dilatada y costosa experiencia haya conseguido acabar con la raza de los utopistas: lo único que hay de nuevo en la sociedad moderna es que la resignación de los que padecen ha desaparecido casi por completo.»

Probablemente llegará esta carta á manos de los lectores del *Correo*.

Léanla, y me agradecerán la recomendación. Hace tiempo anuncié que Campoamor había ofrecido á la Academia Española en sabrosos tercetos la biografía del académico don Luis Gonzalez Bravo.

Hoy se ha impreso esta inspirada composición, y ofrezco algunos trozos de ella á los lectores.

Hé aquí el retrato y el pintor:

Jamás en el poder ni en el destierro,
Pudo pasar, como otros, su existencia
Con dos ó tres propósitos de hierro.

Yo declaro que creo en mi conciencia
Que por orden fatal de su destino
Siempre hubo en él mas genio que prudencia.

Dotado de pasión y estro divino,
Fué comun en su olímpica oratoria
El hacer de una idea un torbellino.

Marqués, puesto que saben de memoria
Guerra, Hartzenbusch, Cañete y Juan Valera
Lo que sueña, al dormir, la humana historia.

Que pinten describiendo su carrera
(Mejor que quien tan poco en esta vida
Los peldaños gastó de su escalera).

De su fortuna la ilusión perdida;
La ingratitude siguiendo á su desgracia;
Su rápido subir; su gran caída;

Su saludo á la joven *democracia*;
Su *Guirigay*, que de juzgar me abstengo
Por dudar de su mérito y su gracia.

¿No tienen mas saber que el que yo tengo
Cutanda, Rivas y Manuel Silvela,
Tan doctos por derechos de abolengo,

Para historiar, desde la misma escuela,
La vida de nuestro héroe, mas variada
Que la misma ficción de la novela?

Y como amigo fiel y camarada,
¿No mirais á Pezuela á vuestro lado,
Del último Borbon primera espada,

Que le tuvo en Ardoz como soldado
Y que sabe que fué su vida entera
Un riesgo eternamente transformado?

Él decirnos podrá de qué manera
Defendiendo á Leon, una memoria
Dejó en el mundo grande y duradera.

Y, con ejemplos de su misma historia,
Dirá también qué obcecación es esa
Que el poder equivoca con la gloria,

Y que, en su anhelo de aspirar no cesa
A un renombre que llega solamente
A dos piés mas allá de nuestra huesa.

¿Cuán poco piensa en general la gente
Que, excepto lo que amamos y nos ama,
Es el resto del mundo indiferente!

El fragmento mas intencionado y mas profundo es este:

¿Qué fué de aquel poder y aquella gloria?
Es ya vano decirlo, aunque no es vano
El dar algun repaso á la memoria.

¿Qué fué de él? Para el cielo soberano
No es un héroe mayor que un hormiguero,
Y es lo mismo una flor que el Oceano.

Él fué donde, quitándose el sombrero,
Fueron reyes también y emperadores:
A pedir pan y paz al extranjero.

Echemos ya sobre su tumba flores.
Calumniado fué como vencido.
¿Caerán con mas honor los vencedores?

De un grande á esta miseria reducido,
¿Qué nos queda? Una pálida memoria,
Y una sombra de un bien desvanecido.

Si fué ó no justo lo dirá la historia;
Pues no siempre el pendon de los mejores
Se lleva en este mundo la victoria.

Y ¿fueron de él tan solo sus errores,
Hoy que al mas bravo corazón consterna
El dirigir á pueblos de habladores?

Falto en pensar, cual todo el que gobierna,
Si en la forma (no el fondo) es preferible
El dorio al jonio: la cuestión eterna.

Y ¿faltó en mas? No sé; pero es posible.
Él creyó gobernar con los mejores,
Perpétua aspiración á un imposible.

Mas lleguemos al fin, que odios y amores
Muy pronto un mismo polvo los espera,
Confundiendo á oprimidos y á opresores.

Y, suceda en el mundo lo que quiera,
Ya sus prados traerá de flores llenos,
Como el año anterior, la primavera.

Todos se creen los mas y los mas buenos,
Hasta que viene á revelar la muerte
Cuál vale mas, esto es, cuál vale menos.

Se humilla al débil y se teme al fuerte,
Y el vulgo nunca ve con simpatía
Ni á las virtudes ni á la buena suerte.

Siempre pasó lo mismo, desde el día
En que estaba en el mar Sierra-Nevada
Escondiendo la frente todavía.

¡Luchar! ¡Subir! Y al fin de la jornada
Hallar calumnias, decepciones, males...
Debe haber Dios, si no... todo esto es nada.

¿Por qué querrán las leyes inmortales
Que sea su triunfo pasajero
Y haya mas enemigos que imparciales?

Siendo un leon mas dulce que un cordero,
Ya herido, le acosaron con encono
La envidia y la ambición, el mundo entero;

Pero yo en nombre suyo les perdono,
Como él arriba, perdonando, cuenta
A los muchos apóstatas del trono.

¡Calcule el alma, de rencor exenta,
Lo triste que habrá muerto un gaditano
Bajo un sol que no alumbra ni calienta!

La bellísima composición que doy á conocer, termina con estos sentidos tercetos, que son, por decirlo así, el epitafio:

Murió; pero nos dice la *Escritura*:
«— No le busque entre muertos quien le llora,
Que está lleno de vida allá en la altura.»

Está en la altura, el que ya sabe ahora
Lo que dice el río á su ribera,
El mar al sol y el pájaro á la aurora;

El hombre que al llegar su hora postrera
«¡Mis hijas!» exclamó, «¡Perdon, Dios mio!
La última hora es la existencia entera.

Y despues de este fin solemne y pio,
Que haria merecer la santa palma
A toda una existencia de extravío,
Porque el cielo le dé eterna calma
Recemos hoy con corazón ferviente,
Cual por nosotros rogará su alma
A la diestra del Dios omnipotente.

Bien por Campoamor. ¿No es verdad que su fama es merecida?

Dignos son uno de otro, el biografado y el biógrafo.
¿Queréis poesía en prosa?

Pues oid lo que Jerez Penchet dice de la nave:
«No hay duda, *el mundo marcha*; la nave lo lleva consigo en el seno de la caldera de vapor, en la cavidad de la vela henchida por el viento, en el fondo de la cala donde se amontonan los fardos de comercio.

Cada una de esas masas, producto del trabajo, sirve para ensanchar el círculo de los conocimientos humanos, y un día la sociedad tiene derecho á inquirir el resultado positivo y fecundo de la peregrinación de la nave, de su paciente valor en los combates del mar.

La nave es el átomo, que, agregado á otros átomos, se convierte en una obra perfecta.

Desde el primitivo tronco hasta el poderoso vapor trasatlántico media un mundo; y sin embargo, estudiad las modificaciones que ha sufrido el tronco, y vereis una agregación, ó en términos mas precisos, el desenvolvimiento de una misma idea, merced á una gradación lógica y constante.

La historia de la nave es la historia del hombre, ya considerado como individuo, ya como sociedad. En ambos casos el mismo fenómeno se reproduce un día y otro, y siempre porque el progreso es ley de la creación.

Todos progresamos. ¿Quién lo ignora? ¿Quién lo duda? ¿Quién lo niega?

¡El hombre! ¡La nave!
¡El alma dominando la materia! ¡La fe triunfando de sus enemigos!

Hé aquí el círculo en que se agita la sociedad. Ensanchadlo; prestadle espacios infinitos; trabajad; trabajemos por el hombre y por su compañera la nave.»

Con todas estas citas literarias he pasado agradablemente los días difíciles del mes de julio, y sentiria que no os proporcionasen los ratos deliciosos que á mí.

Ahora voy á hablaros de un nuevo poeta, que se llama Patricio Aguirre de Tejada.

Distínguense las inspiraciones de este por la melancolía y la ternura, pues no es el señor Aguirre de los vates alegres y bulliciosos, sino de los reflexivos y filosóficos.

Y no se suponga por eso que en su estilo sea llorón, no; es dulce y suave: no se remonta á los dominios de la fantasía, sino que analiza las pasiones y los sentimientos humanos; no consagra su musa á asuntos terribles é imponentes, sino á cuadros apacibles y risueños; no ensalza el valor ni el heroísmo, sino que canta el amor, la abnegación y la virtud.

El señor Aguirre no es un poeta bucólico, pero es ciertamente un poeta clásico; no es un poeta religioso, pero es un poeta cristiano. En sus composiciones descuella la idea de Dios, que ilumina y engrandece cuanto le rodea; en todas resplandece la fe divina, que anima y que sostiene al hombre en las vicisitudes y penalidades de la existencia.

Como les sucede siempre á las almas generosas y elevadas, la naturaleza es objeto de entusiasmo y de admiración para el señor Aguirre. ¿Qué bien la describe y la comprende! ¿Qué bien la pinta en su grandeza y en su majestad!

Hé aquí algunas estrofas dedicadas á Andalucía, notables por la entonación y la estructura:

Mansion hermosa que el placer encierra,
Allí al disgusto y al dolor esquivos,
Betis, Darro y Genil parten su tierra
Sembrada de naranjos y de olivos.

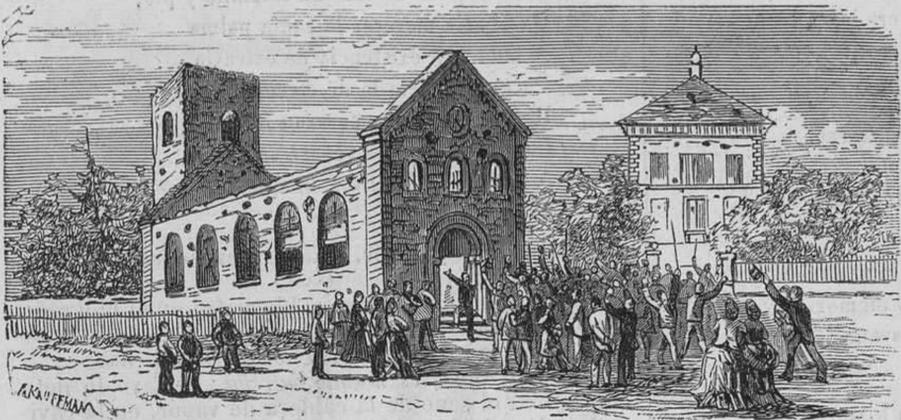
Sus templos sin rival que al mundo asombran,
Son del arte y la fe rico tesoro;
Alhambra, sus alcázares se nombran;
Sus torres, la Giralda y la del Oro.

Montes que guardan sempiterno hielo
Dominan cual gigantes atalayas;
Y un mar azul como el azul del cielo
Humilde gime en sus risueñas playas.

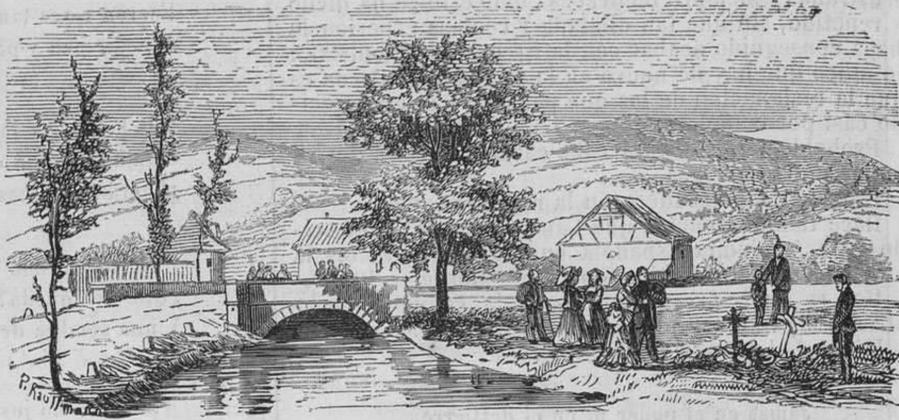
Allí naciste tú; dulces y bellos
En las olas tus ojos se miraron;
Sus espumas muriendo en tus cabellos,
Tus infantiles sienas refrescaron.

Dió á tus ojos su luz el claro día;
Las brisas á tu oído dulces sonas;
En el misterio de la noche umbría

EL ANIVERSARIO DE FRÖSCHWILLER.



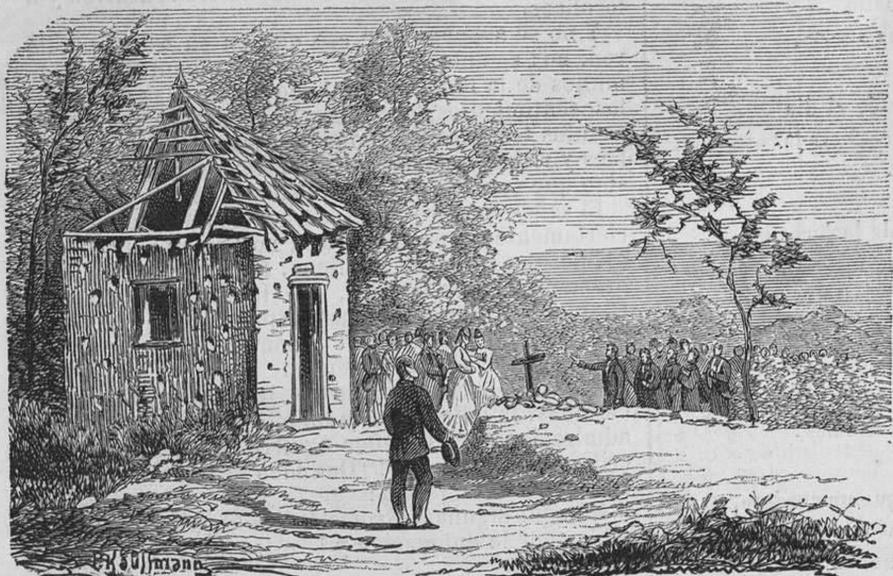
Iglesia de Fröschwiller y castillo de Durkeim, cuartel general del mariscal Mac-Mahon.



Sepulcros de los soldados franceses muertos al proteger la retirada.



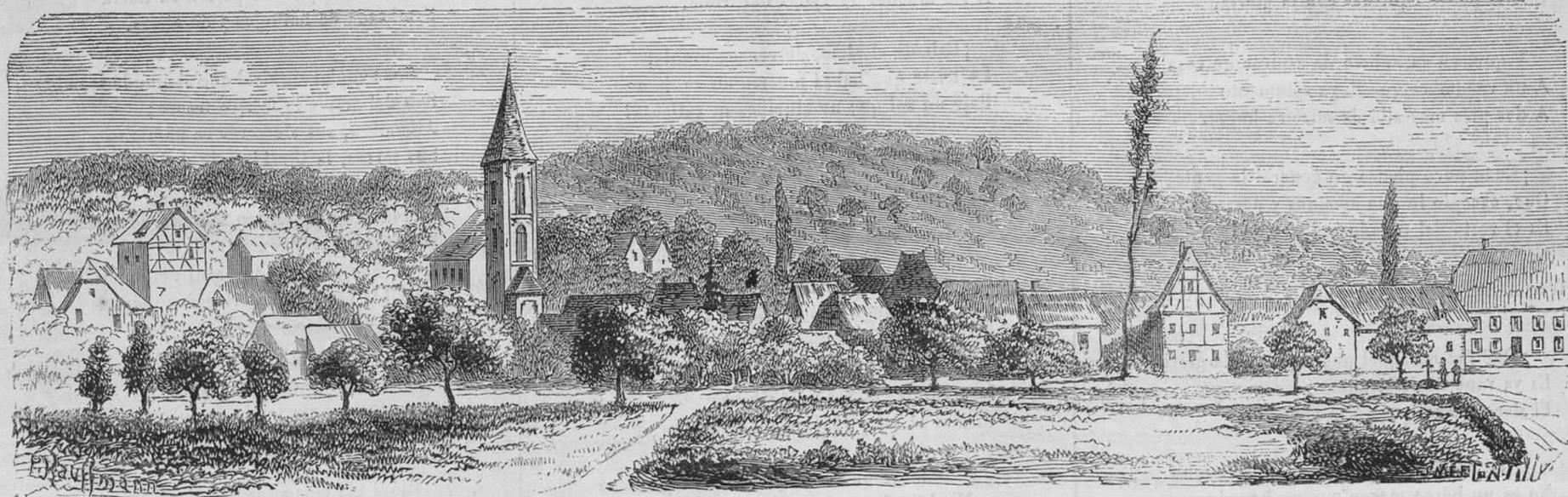
Colina de Morsbroon : viñas y huertas por donde pasó la carga del 8º y el 9º de coraceros.



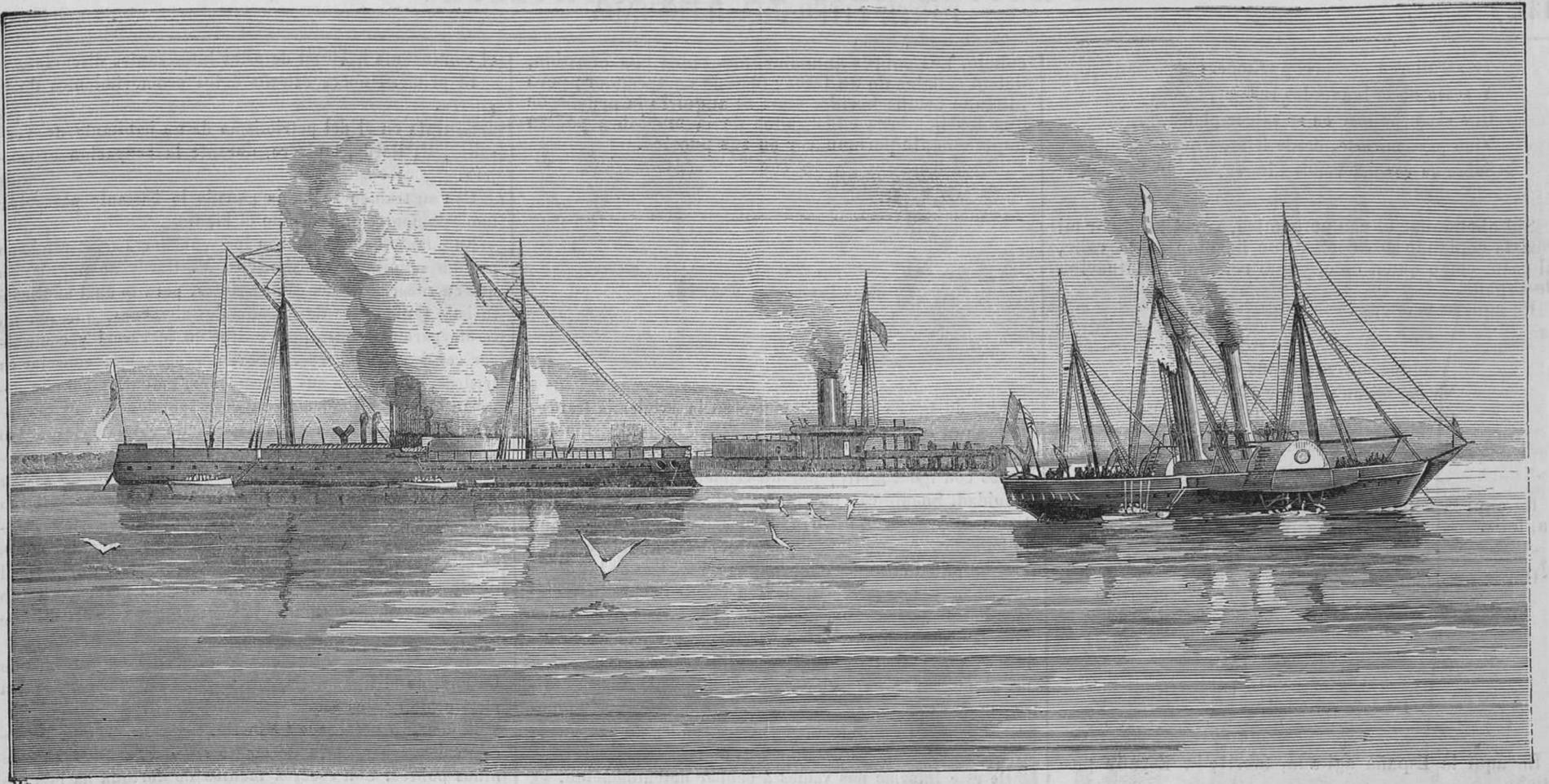
Chozo que ocuparon los turcos al principio de la batalla.



Convento de Liebfrauenberg, donde se apoyaba el ala derecha del ejército alemán y que domina toda la extensión del campo de batalla.



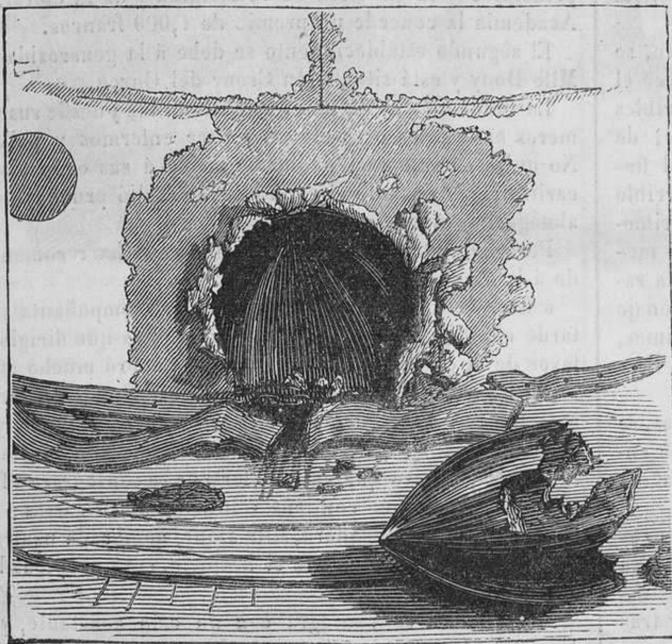
Vista general de Morsbroon y planicie de las viñas y huertas por donde bajó la carga.



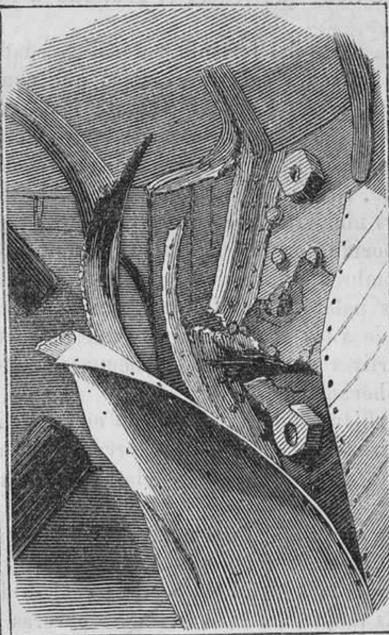
El buque acorazado *Hotspur*, tirando sobre el *Glatton*.

El *Glatton* recibiendo el fuego del *Hotspur*.

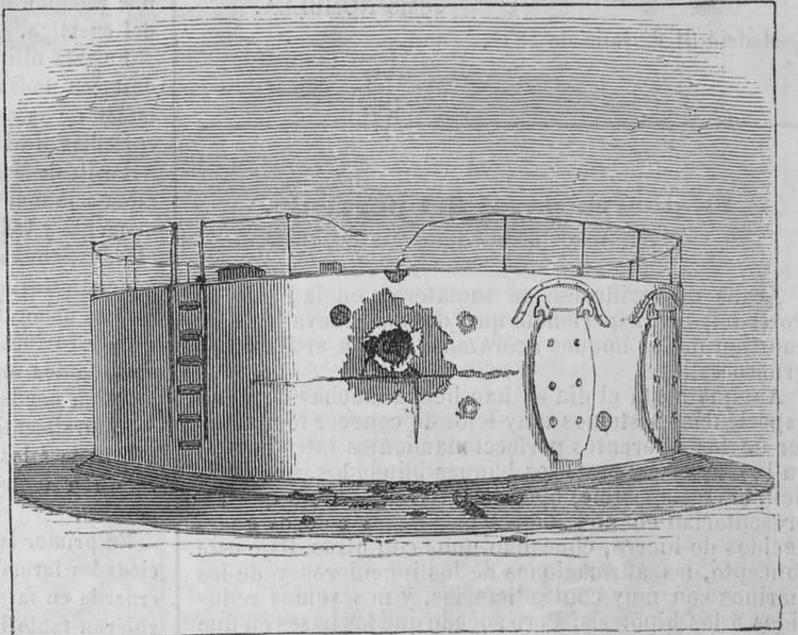
El aviso de vapor *Black-Eagle* observando los efectos del tiro.



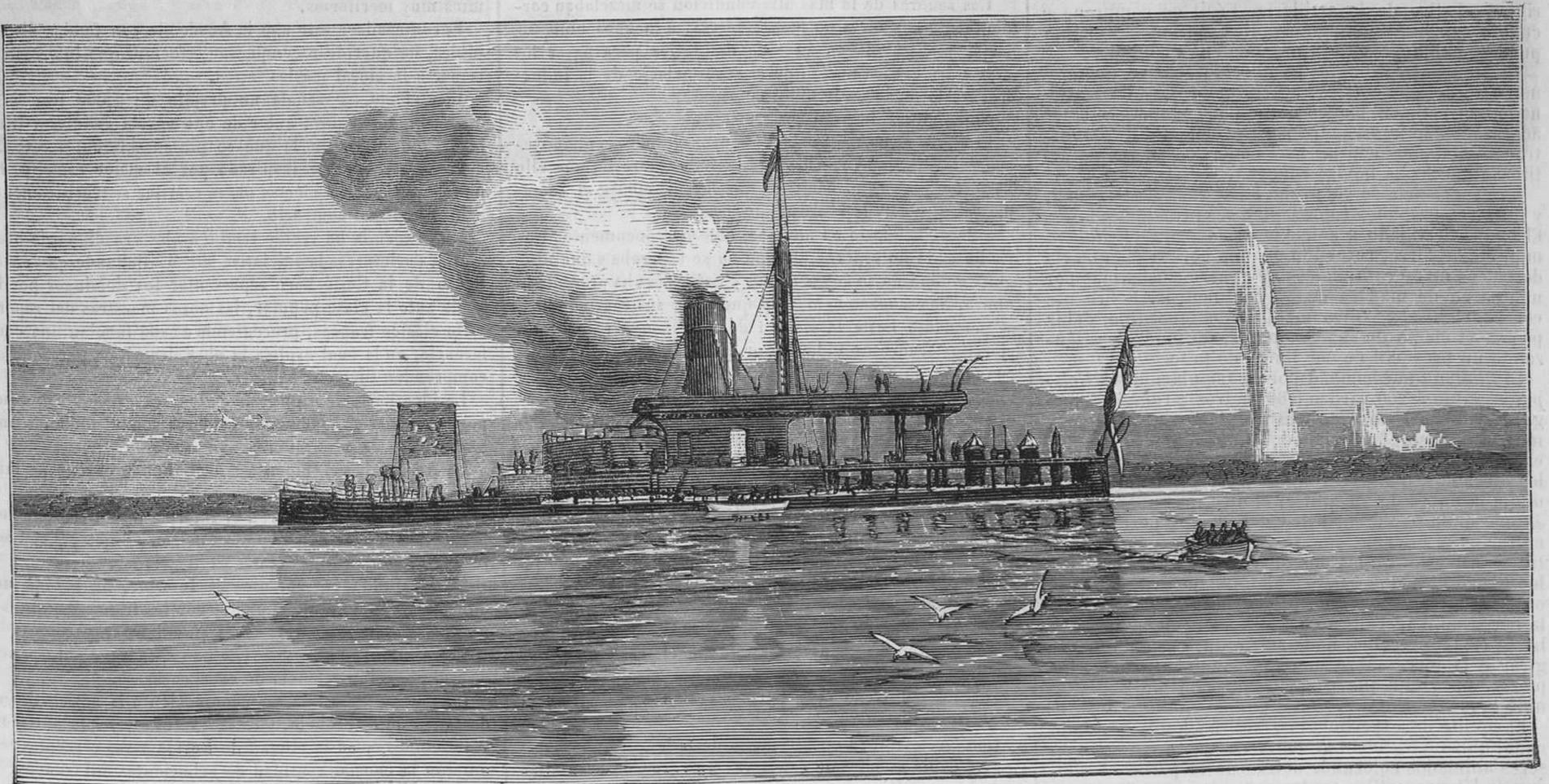
Efecto del primer cañonazo en el exterior de la torre.



Sobre la torre del *Glatton* en su interior.



Efecto del último disparo.



El *Glatton* disparando un cañonazo despues de haber sufrido el fuego del *Hotspur*. — Experiencias hechas en Inglaterra sobre el *Glatton*, buque acorazado de la marina inglesa.

Te arrullaron nereidas y tritones;
Y acaso de la luna á los reflejos,
Que el ancho mar en su fulgor platea,
Vino para mirarte, desde lejos,
Sobre su concha Vénus Citerea.

Sin abandonar el campo poético, voy á terminar mi revista copiando dos coplas que he oído en la calle, al paso, como quien dice, y que retratan la situación de España.

Hé aquí la primera :

No me miren mas tus ojos,
No me miren mas por Dios,
Que me han mandado los médicos
Que no me dé mucho el sol.

Hé aquí la España poética, caballeresca, enamorada, feliz.

Oid la otra copla :

Somos petrolistas
Mañana incendiaremos,
Y nos lucraremos
De esta sociedad.

Hé aquí la España agitada, febril; la España política.

Prefiero la primera, pero temo que predomine la segunda.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de julio de 1872.

La guerra naval del porvenir.

Acaba de verificarse en Inglaterra, en la bahía de Portland, una experiencia que da una nueva luz á la cuestion de los buques acorazados y de la artillería de grueso calibre.

Aunque hasta el día se han hecho muchas de estas experiencias, estamos muy lejos de conocer bien el valor de los diferentes perfeccionamientos introducidos en la construcción de los buques blindados, siendo difícil, si no imposible, apreciar el papel exacto que representarían en una guerra naval esos colosos guardados de hierro, chocando unos con otros. Bajo este concepto, las afirmaciones de los ingenieros y de los marineros son muy contradictorias, y nos vemos reducidos á las hipótesis. Pero sucede que las bases en que se fundan esas hipótesis son insuficientes también: para apreciar el grado de resistencia de un blindaje, construían, con una porción del mismo blindaje, un blanco de algunos metros cuadrados sobre el cual dirigían el tiro de la artillería. Fácil es comprender cuánto deja que desear semejante experiencia y cuánto pueden modificarse en la práctica sus resultados.

El Almirantazgo inglés ha querido saber á qué atenerse en medio de tales incertidumbres, y ha imaginado convertir en blanco uno de los mejores buques acorazados de la escuadra para cañonearle á 200 metros de distancia con las mas poderosas piezas de artillería que hasta hoy se conocen.

La experiencia se ha hecho en la rada de Portland, y nuestros grabados representan sus principales fases. El buque destinado á sufrir la prueba era el *Glatton*, monitor de torre, revestido de una coraza compuesta de placas de 30 centímetros de grueso, sostenidas por una pared de madera de 50 centímetros. Sobre esa coraza, el *Holspur*, otro monitor de igual tipo, debía probar el efecto de sus cañones de 25 toneladas, lanzando un proyectil de 600 libras de peso.

El *Glatton* fué evacuado por su tripulación, el *Holspur* se situó á 200 yardas (180 metros) y rompió el fuego. Envió sucesivamente tres proyectiles: el primero, muy alto, pasó por encima del *Glatton*, y fué á caer en el mar; nuestros grabados demuestran los efectos de los otros dos, que pegaron en la torre del *Glatton*, el uno á la mitad de su altura, el otro mas abajo, en el ángulo de la pared vertical y del puente, pero sin penetrar en el interior, como se vió despues cuando entraron á bordo. De los dos proyectiles, el uno no habia hecho mas que romper el blindaje exterior, y el otro le habia atravesado, pero estalló al penetrar en la pared de madera. En cuanto á los armamentos que habia en la torrecilla, nada sufrieron, y se pudo hacer girar á la torre sobre su eje y maniobrar todas las piezas, pues ninguna parte del mecanismo habia tenido la menor avería.

El comité de experimentos, que no habia olvidado nada, quiso darse cuenta del efecto que produciría en seres animados colocados detrás de la pared el choque de los proyectiles contra esta, con cuyo fin encerraron en la torrecilla á un cabrito, una gallina y un

conejo. Los pobres animales, atontados con el ruido, daban señales de un terror fácil de comprender; pero ninguno estaba herido, y así se adquirió la prueba de que los hombres encargados de la maniobra podían impunemente permanecer en sus puestos.

Revista de Paris.

El 8 de agosto ha tenido efecto en la Academia francesa la gran solemnidad moral y literaria, de la distribución de los premios Montyon y demás de la misma clase, fundados con igual motivo por otros bienhechores de la humanidad. Siempre es una fiesta en Paris la de esta repartición de premios á la virtud y al talento; pero este año lo ha sido mas que nunca, porque todo el mundo tenia el presentimiento de que en medio de los horrores de la guerra extranjera y la guerra civil, debían existir hechos memorables honrosos para la nación, que premiaria como es debido la Academia francesa. Así la concurrencia era numerosa en el anfiteatro del Instituto y el Informe sobre los premios á la virtud leído por el duque de Noailles, director de la Academia, fué oído con religioso recogimiento y aplaudido á la conclusión de cada una de las acciones que justifican las recompensas otorgadas.

De este Informe nos vamos á ocupar detenidamente.

El exordio es un bello cuadro de la ciudad de Paris obligada á rendirse por el hambre, y luego sojuzgada por una rebelión que tiene que vencer el gobierno á la vista del enemigo.

En esta última parte del terrible y verídico cuadro, se destacan todas las sangrientas peripecias que conoce el lector de estas revistas, y principalmente los horribles episodios de los grupos de víctimas de la Roquette, de Arcueil, de Mazas y de Picpus, marchando con igual firmeza á la muerte. Ninguno perdió el valor en tan terrible momento y todos murieron por su patria como los primeros cristianos morían por su fe. ¿Quién ha merecido mejor que estos hombres los premios de virtud? Por esta razon las primeras palabras del Informe son un homenaje nacional tributado á las heroicas virtudes de las víctimas, otros tantos mártires de la sociedad amenazada de destrucción por la barbarie.

Naturalmente, fijándose el pensamiento en tales días, se retrocede á los tristes tiempos de la guerra, donde se encuentran numerosos ejemplos que señalar á la admiración pública.

En primer lugar habla el Informe de las numerosas sociedades formadas para dar socorro á los heridos, nueva cruzada en favor de la humanidad y en la cual se distinguieron tanto las mujeres, unas haciéndose obreras y trabajando para las ambulancias, otras haciéndose enfermeras, y esto en toda Francia.

En Paris este movimiento fué admirable.

Las señoras de la mas alta condicion se mezclaban cordialmente con otras no menos adictas á la obra humanitaria, y abandonaban su vida doméstica para pasar los días y á veces las noches en el vasto palacio de la Industria transformado en hospital de sangre.

Cinco meses duraron sus servicios.

El clero, el cuerpo medical, la prensa, todos contribuyeron con recursos y con trabajo, y todos merecen por ello la parte de gratitud nacional que les distribuye el Informe del director de la Academia francesa.

« Proclamémoslo en alta voz, dice este documento: Paris ha dado un espectáculo que no se esperaba y que ninguna ciudad de su importancia y naturaleza ha presentado nunca. No escuchando mas voz que la de sus sentimientos, se persuadió hasta la ilusion de que iban á renacer los ejércitos franceses y la mayor parte de sus habitantes, cuando ya no podían vivir, no querían aun que la plaza se rindiera. Tranquila y silenciosa, seria y aplicada de repente, trasformándose sin transición en un campamento militar y en un vasto hospital, Paris renunció en un instante á su lujo y á sus elegancias, á sus goces y á sus locuras. ¿Qué espectáculo presentaban las mujeres esperando sin murmurar á que las tocara el turno en las puertas de las carnicerías, con los piés en la nieve, y á veces teniendo que marchar sin haber recibido nada! Fué un episodio único en la historia del mundo el ver tantos hombres de toda condicion y edad entregados á los ejercicios militares, haciendo centinela en las murallas, marchando al enemigo en las salidas, arrostrando el frio y las penalidades, olvidando estos sus costumbres frívolas, aquellos su hábito del trabajo, y todos ofreciendo sin jactancia el sacrificio de su vida!... »

Con efecto, tal es el testimonio de todos.

¿No debía el Informe consagrar un recuerdo á tan altas virtudes patrióticas?

Seguidamente empieza la serie de hechos que forman

el contingente habitual de estos interesantes discursos.

El primero no es extraño á los acontecimientos de la guerra.

Se trata en él del patriotismo de un habitante de Versalles, M. Hardy, tapicero, durante la ocupación extranjera.

Con su trabajo se habia ganado lo bastante para vivir modestamente, practicando el bien.

En cuanto se presentaron los vencedores arrastrando en pos un séquito de prisioneros, M. Hardy no pensó mas que en socorrer á sus compatriotas, para lo cual suplicó é insistió tanto cerca de los oficiales alemanes, que por fin le otorgaron permiso para entrar en la cárcel y comunicar con los prisioneros. « Sostener su valor, consolar su tristeza, subvenir á sus necesidades, cuidarles cuando estaban enfermos, ponerles en correspondencia con sus familias, recoger suscripciones para ellos, proveerles de lo que necesitaban cuando les enviaban á Alemania, socorrerlos en todo y por todo y hasta distraerlos, tal fué su incansable ocupación durante cinco meses. » Seria largo enumerar los incidentes que se produjeron. Bástenos decir que tiene en su favor testimonios de las autoridades alemanas y de sus mismos compatriotas. La municipalidad de Versalles le ha concedido una medalla de oro, y á este premio honorífico añade la Academia un premio de 2,000 francos.

Siguen otros premios que han recaído en personas de Cayena, de la Guadalupe y de la Argelia, y despues habla el Informe de dos establecimientos filantrópicos.

El primero pertenece á Mlle Hello, de Dinan, que se consagra desde hace mas de medio siglo á la educación de niños pobres. Con escasos medios de fortuna ha logrado sostener una escuela que fundaron dos sacerdotes, y en ella enseña á treinta niñas á leer y á escribir así como los principios y la práctica de la religion y de la moral. La Academia la concede un premio de 1,000 francos.

El segundo establecimiento se debe á la generosidad de Mlle Douy y está situado en Crouy del Ourcq.

La fundadora es de una familia humilde y desde sus primeros años se ha ocupado en visitar enfermos y pobres. No quiso casarse para dedicarse mejor á sus ocupaciones caritativas, y durante el cólera de 1832 dió pruebas de la abnegación mas animosa.

Pero hé aquí el hecho principal que la ha recomendado á la atención de la Academia :

« Entró en casa de una señora como acompañante y no tardó en adquirir sobre ella una influencia que dirigió en favor de la caridad. La señora, que la cobró mucho afecto, quiso nombrarla heredera; pero Mlle Douy, que tenia bastante con una pensión que la pasaban su hermano y su hermana, trabajó para hacerse desheredar, y á fuerza de instancias, obtuvo que aquella fortuna se consagrara á fundar un hospicio que contiene veinte y cuatro camas; y á la muerte de la fundadora, Mlle Douy, nombrada usufructuaria, continuó dirigiendo el hospicio, cuya propiedad se legó al pueblo. »

A esta obra se consagra con un celo constante, y la Academia la concede un premio de 1,000 francos.

Por último, once medallas de 500 francos y seis de 300 se señalan á distintas personas como otros tantos premios muy meritorios.

Encontrándose este año la Academia con fondos disponibles, ha querido recompensar esfuerzos que interesan á la par á la moral y á las letras.

Con efecto, se señala un premio de 2,000 francos á M. Ferdinand Fabre, autor de una novela religiosa, titulada *Courbezon*, en la que se pintan diferentes escenas de la vida clerical é inspirada por el mejor espíritu. Es una contestación á ciertas obras escritas sistemáticamente con un espíritu contrario.

La Academia ha creído también que era digna de premio la desinteresada iniciativa de M. Ballande que en el teatro de la Gaité hace representar los domingos por la tarde ante la clase popular, las obras maestras del repertorio clásico francés, precediendo á cada función una conferencia, en la cual explica la obra dramática para que se comprendan bien sus bellezas.

La idea ha tenido un gran éxito y es excelente porque populariza las producciones célebres conquistándolas una nueva clase de admiradores.

La Academia recompensa á M. Ballande con un premio de 4,000 francos.

Seguidamente se habla en el Informe de un servicio superior á todos los demás por su origen y objeto, y con este motivo se dan interesantes explicaciones.

En el mundo entero, dice el Informe, ha habido un movimiento general de simpatía por los franceses, que se ha demostrado por suscripciones abundantes.

Entre estos donativos se cita uno que sirve para poner de relieve la importancia de estos socorros.

En Boston hubo una gran conmoción á la noticia de los desastres de la Francia, formáronse comités que abrieron suscripciones, y en la ciudad de Boston y sus cercanías unieron la enorme cantidad de ochocientos mil francos.

Inmediatamente fletaron un buque cargado de víveres, que se dió á la vela para el Havre; pero se supo el

fin de la guerra extranjera y el principio de la civil, y renunciaron á la distribucion de los objetos, porque era ya innecesaria, aunque no al pensamiento filantrópico.

Bajo este concepto, vendieron el cargamento del buque en Inglaterra, y repartieron el producto en dinero en las poblaciones de Francia que mas lo merecian.

Ahora bien, al ajustar las cuentas de esta obra, resultó un sobrante que el comité de Boston ha ofrecido á la Academia para aumentar los premios á la virtud en el presente año, con destino especial á alguna de las personas que mas se han distinguido por su abnegacion durante el sitio de Paris.

La carta del comité contiene el siguiente párrafo :

« Es el importe de una suscripcion que representa todas las clases de los ciudadanos de Boston; es un modo de expresar la simpatía y el respeto de los americanos por el valor, la generosidad y desinteresada abnegacion de los franceses durante el sitio de la capital. »

La cantidad asciende á 2,000 francos.

La Academia se ha visto en apuros cuando ha debido elegir á la persona digna del premio, entre tantas como se ofrecieron en sacrificio, y no ha sabido resolver la cuestion sino dando á la recompensa el carácter menos personal posible.

Con efecto, el premio se adjudica á una corporacion tan modesta como útil, al Instituto de los Hermanos de la doctrina cristiana, cuyos actos humanitarios no olvidarán jamás los parisienses.

El Informe recuerda brevemente sus merecimientos, que no son por cierto desconocidos para los lectores de nuestro periódico.

El 15 de agosto el director escribe al ministro de la Guerra para poner á su disposicion todos los establecimientos y todas las escuelas comunales que su Instituto posee, así como todos los miembros que la componen con los novicios y todo su consejo, á fin de dar asistencia á los enfermos y heridos.

El ministro aprovechó su buena voluntad, y entre tanto ellos se ponen á la obra.

Por su propia cuenta establecen una grande ambulancia en la calle Oudinot, entregan un personal incansable á las ambulancias organizadas por la gran Sociedad de socorros en las estaciones de los caminos de hierro, para recibir á su llegada los trenes de heridos, y dan refuerzo tambien á muchas ambulancias particulares.

La Sociedad de la prensa apela á ellos, y al punto recibe unos 600 hombres, que los dias de batalla eran mas numerosos.

Y á todo esto no interrumpen la enseñanza.

Por turno estaban en la clase, ó en la lucha ó en las enfermerías.

¿Qué decimos por turno? Se disputaban el privilegio de marchar adonde habia peligro.

El dia en que fué muerto en el Bourget el hermano Nethelme, no le tocaba salir al campo.

Lo mismo en el Bourget que en Champigny, en Buzenval y en Montretout, dieron pruebas repetidas de abnegacion y patriotismo.

« Aquellos dias, dice el Informe, se les veía muy de mañana, con un tiempo de frio muy rigoroso, atravesando Paris en número de 300 á 400, saludados por la poblacion, con su director, el hermano Felipe, á su cabeza, que les enviaba al combate, allí donde no podia ir él, porque se lo impedian sus ochenta años. Todos ellos arrostraban el fuego, como si no hubieran hecho otra cosa en toda su vida, admirables por su disciplina y su ardor. Se reunian por grupos de diez, con un facultativo, y marchaban como un regimiento. Llegados al lugar del combate, con una cuerda ceñida á la cintura y de dos en dos con una camilla, se diseminaban hácia lo mas récio de la lucha, recogiendo heridos y llevándolos cuidadosamente á su médico y á los carros de ambulancia. En cada batalla se podrian citar rasgos infinitos. Un general les dijo una vez: « Hermanos míos, ni la humanidad ni la caridad exigen que os adelanteis tanto. » Y es que, en efecto, en lo mas fuerte de la pelea socorrian á los heridos, sin hacer caso de balas ni metralla, y se mezclaban cordialmente con los soldados, que casi les consideraban como compañeros. Marchaban juntos, el uno con la espada que da la muerte, el otro con la cruz que salva. Y luego, al dia siguiente de las batallas, daban sepultura á los muertos. Tambien ellos tuvieron que llorar dos de los suyos que cayeron en el campo de batalla; muchos fueron heridos, y diez y ocho han bajado al sepulcro de resultas de enfermedades contraídas cuidando heridos y enfermos. »

El Informe recuerda despues su conducta en tiempo de la Commune; cómo principiaron por cuidar en sus hospitales á los heridos de los insurrectos, y cómo despues tuvieron que huir de las persecuciones, y sucumbieron algunos.

Finalmente, la Academia ha señalado el residuo de sus premios, 12,000 francos, á la sociedad filantrópica que se formó para auxiliar á los huérfanos de la guerra y á los heridos defensores de la patria.

Es un tributo de gratitud altamente merecido, sin que se desvie esa cantidad de su objeto natural, en razon á

que, como dice el Informe, la virtud militar es la primera de las virtudes públicas.

Tal es el resumen del discurso sobre los premios á la virtud, leído por el señor duque de Noailles, donde se consignan tantos ejemplos dignos de ser conocidos y admirados.

MARIANO URRABIETA.

El viajero Livingstone

Y LA EXPEDICION DE M. STANLEY.

Ningun nombre mas popular que el del doctor Livingstone entre los viajeros contemporáneos.

El intrépido explorador ha recorrido en los últimos treinta años, y casi sin descansar, el Africa Austral; á él se debe la revelacion de territorios diez veces mas considerables que la Francia, y Livingstone emprendió su obra, como un peregrino, casi solo, sostenido por su excepcional energía y por su noble amor á la ciencia.

Su nombre, justamente célebre, se halla rodeado de una doble aureola, pues, con efecto, no ha cesado de tener por divisa estas dos palabras: *voluntad* y *honor*, palabras que deberian ser inseparables, y sin las cuales puede decirse que no hay gloria completa.

Así se explica el vivo interés que despierta en todo el mundo, porque no solo se reconoce en Livingstone al viajero mas eminente del siglo, sino que se rinde homenaje en él al hombre recto, de reputacion sin mancha.

Observador profundo, Livingstone oculta bajo apariencias un tanto rudas un alma tan sensible como resuelta. La franqueza y la honradez están pintadas en su fisonomía; su palabra está exenta de afectacion, y su estilo es sencillo. No hay mas que abrir sus dos obras sobre el lago *Nyassa* y el *Africa Austral*, y al punto se ve que escribe con verdad, aunque sin gracias rebuscadas. Tiene horror de todo lo que es vago. Mas aun: la autenticidad de sus relaciones es para él una tradicion de honor, cuyo germen es antiguo en su familia.

Tal es el hombre en lo físico y lo moral, pintado gráficamente.

Entremos ahora en la relacion de los hechos.

Livingstone emprendió su última expedicion en 1865, y durante cuatro años se tienen noticias de sus viajes y descubrimientos. Su última carta, fechada en Ujiji, es del 30 de marzo de 1869.

Un redactor del *New-York-Herald*, á cuyo diario habia prometido Livingstone sus relaciones de viaje, sale en su busca y tiene la fortuna de encontrarle, segun avisa inmediatamente.

El resumen de los escritos de M. Stanley, que así se llama el citado redactor, es el siguiente:

« El 23 de enero de 1871, M. Stanley, que habia salido de Zanzibar al frente de una caravana organizada por él, llegó á Unyanyembe, despues de haber perdido varias personas de su escolta. Reposó allí algunos dias, y hacia sus preparativos para trasladarse á Ujiji, cuando supo que el rey Mirambo, alarmado sin duda por alguna invasion precedente de su territorio, habia anunciado que en lo venidero no dejaria pasar por sus dominios ninguna caravana con direccion á Ujiji. Los árabes, furiosos de esta violacion de sus derechos, habian declarado la guerra á Mirambo; como parecian seguros de la victoria y determinados á batirse bien, M. Stanley pensó que lo mejor que podia hacer era unirse á los árabes para atacar al rey de Ujowa. Unió, pues, sus fuerzas á las de ellos, y se adelantó en el territorio enemigo.

El primer dia fué ventajoso para los árabes, que lograron sorprender varias aldeas de Mirambo; mataron, hicieron prisioneros y rechazaron á los habitantes. El segundo dia, Stanley tuvo un ataque de calentura y hubo que conducirlo á Unyanyembe. El tercer dia, los árabes victoriosos en un principio fueron derrotados, perdieron diez y siete de sus jefes y gran número de hombres. El pánico se apoderó de ellos, y la derrota fué completa.

M. Stanley, algo aliviado de su indisposicion, reunió su escolta y se decidió á llegar á Ujiji, tomando mas al Norte. Partió, y entrando en el desierto, atravesó un país que no conocen los mismos árabes. Diferentes veces fué amenazado por los jefes de las tribus hostiles, y solo con grandes dificultades pudo escapar á sus amenazas y á los retardos que querian imponer á su marcha.

El 3 de noviembre llegó á vista de Ujiji, donde queriendo entrar con todo el brillo posible, dispuso su pequeña compañía de modo que le diese una apariencia respetable. A la cabeza flotaba la bandera americana; venia luego la escolta armada, que recibió la orden de hacer una descarga de mosquetería; luego, los bagajes, caballos y asnos; en fin, Stanley marchaba al frente de la retaguardia. El ruido de las armas de fuego atrajo ante la caravana á todos los habitantes, que lanzaron al aire sus exclamaciones y las notas de sus instrumentos.

Cuando el cortejo entró en la ciudad, Stanley notó á

su derecha un grupo de árabes, en cuyo centro habia un hombre de raza blanca, pálido, de barba gris, y cuyo aspecto contrastaba con los rostros quemados por el sol de las personas que le rodeaban. Llevaba una chaqueta de lana roja y una gorra de marino, galoneada de oro. Stanley reconoció al instante al doctor Livingstone.

Su primer movimiento fué precipitarse en sus brazos; pero estaba en presencia de los árabes, que, acostumbrados á ocultar sus sentimientos, debian estar dispuestos á estimarle segun él ocultase los suyos. Además, un jefe árabe, de orden elevado, estaba á su lado y le confirmó en la resolucion de no manifestar ninguna señal de alegría ó emocion. Adelantó, pues; lentamente hácia el gran viajero, le saludó y le dijo: — ¿El doctor Livingstone, si no me engaño?

A lo que este se concretó á responder con un sí.

Solo algunas horas despues, estando juntos sin testigos, sentados sobre una piel de cabra, pudieron cambiar sus felicitaciones y contarse sus mútuas aventuras.

M. Stanley puede afirmar que el doctor Livingstone está en buena salud, lleno de fuerza, inatacado por las pruebas que ha sufrido y deseoso de terminar la tarea que se ha impuesto. El doctor, separado del mundo civilizado hace tantos años, ha encontrado en M. Stanley un *reporter* que le ha dado nuevas de Europa y América que le han interesado mucho.

El 20 de noviembre, el doctor Livingstone y Stanley salieron de Ujiji en compañía, y exploraron la parte setentrional del lago Tanganyika, confirmando por una segunda inspeccion las observaciones que el doctor Livingstone habia hecho. Despues de veinte y ocho dias pasados así agradablemente, volvieron á Ujiji, y el 25 de diciembre partieron para Unyanyembe, donde permanecieron hasta el 14 de marzo. En esta época Stanley partió para la costa y se separaron; Livingstone se quedó en el Africa para continuar sus exploraciones, y Stanley ha regresado á dar cuenta de su cometido.

En el número del *New-York-Herald*, correspondiente al dia 26 de julio, se ha publicado una notabilísima carta del célebre explorador de Africa, la primera que se recibe desde hace muchos años. Livingstone da las gracias al director de dicho periódico por haber enviado á M. Stanley en su busca, y someramente indica sus descubrimientos y los que aun le falta realizar.

Esta carta ha sido trasmitada por el cable trasatlántico al *Times*, que la reprodujo en su número el dia 27. Nosotros reproducimos estas líneas, porque es el primer testimonio auténtico de las penosísimas exploraciones llevadas á cabo por Livingstone desde 1866, con una tenacidad y con una constancia maravillosa. La importancia de estos descubrimientos no necesita ser encarecida.

Geográficamente habia en el centro del Africa Central un problema tenebroso, planteado con auxilio de algunas vagas hipótesis no bien comprobadas, tales como los *montes de la luna*, los *dos brazos superiores del Nilo*, la *region de los lagos*, etc., Livingstone ha despejado la incógnita del problema, recorriendo la cuenca central formada por varias vertientes y cordilleras donde brotan innumerables manantiales que convergen en cuatro grandes lagos y otros tantos rios, con la extraña particularidad de que estos cuatro rios tienen su primer origen en una misma colina, arrancada de cuatro distintos aunque próximos manantiales, y se separan para regar en su larguísimo curso las mas lejanas regiones.

¿Y cuán interesantes pormenores habrá estudiado el atrevido viajero entre los pueblos salvajes y caníbales que ha visitado en las cortés de reyes bárbaros que sucesivamente le han recibido como el primer representante de la civilizacion europea!

Para concluir, desvaneceremos una objecion que tal vez pudiera ocurrir á nuestros lectores. ¿Son auténticos esos relatos? podría preguntarse. ¿No serán invencion del corresponsal norte-americano que quiere atribuirse la gloria de haber encontrado á Livingstone, cuando quizá haya muerto este gran viajero?

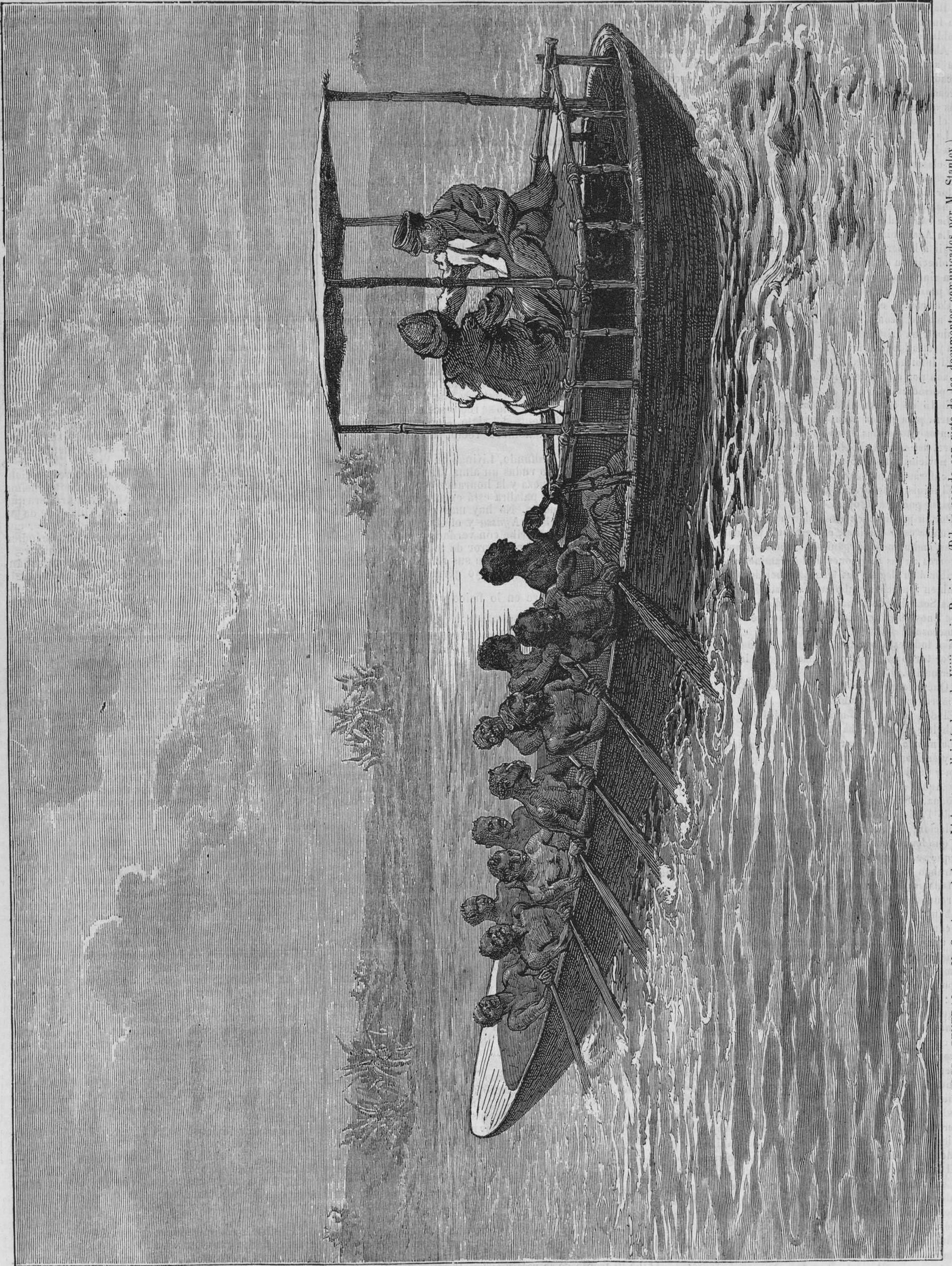
Esta objecion la han formulado algunos periódicos extranjeros, y apenas tuvo noticia de ella M. Stanley, dirigió al *Times* una rectificacion, diciendo que guarda en su poder sus credenciales para presentarlas en el momento oportuno; que Livingstone le confió cartas y documentos para entregarlos personalmente en Inglaterra, y que en cuanto llegue á este país podrá verse su autenticidad.

En efecto, Stanley desembarcó hace dias en Marsella y ya ha llegado á Londres, y en el Parlamento M. Gladstone ha respondido de la autenticidad del documento.

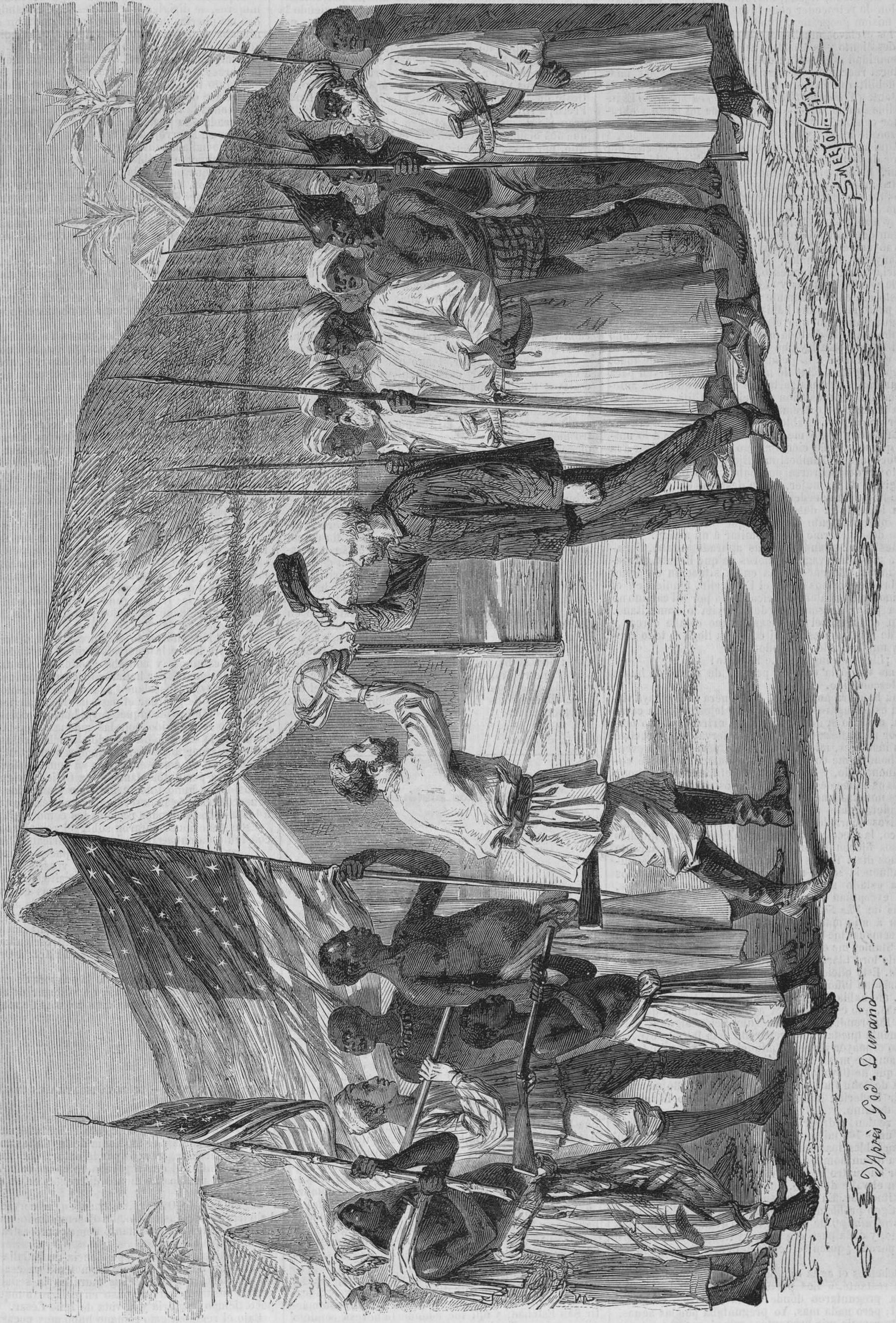
La carta de Livingstone al director del *New-York-Herald*, dice de este modo:

« Ujiji, sobre el Tanganyika, noviembre de 1871. — Muy apreciable señor mio: Suele ser cosa difícil escribir á una persona á quien no se conoce; es como si se escribiera á una idea abstracta; pero la presencia en esta apartada region de vuestro representante M. H. M. Stanley me evita la dificultad que en otro caso hubiera encontrado, y al escribir para dar las gracias por la extremada bondad que habeis tenido de enviarme en busca mia, me siento casi entre amigos.

Por el relato del tristísimo estado en que me encuentro comprendereis cuántos motivos tengo para mostrar agradecimiento y expresarme en los términos mas calurosos. Llegué á Ujiji despues de un viaje de 400 á 500 millas, bajo los rayos de un sol vertical, habiendo



AFRICA CENTRAL — M. Stanley y el doctor Livingstone dirigiéndose de Ujiji al rio Ruzizi. — (Dibujo sacado con vista de los documentos comunicados por M. Stanley.)



Après God-Durand

AFRICA CENTRAL. — Expedición de M. Stanley en busca del doctor Livingstone; encuentro de los dos viajeros en Ujiji. — (Dibujo sacado con vista de los documentos comunicados por M. Stanley.)

sido engañado, vejado, derrotado y puesto en la precisión de retroceder cuando casi tocaba al término de mi misión geográfica, y todo esto por obra y gracia de los esclavos musulmes que me enviaron á Zanzibar. El desaliento y la tristeza, acrecentada al ver « la inhumanidad del hombre con el hombre, » tuvieron su natural reacción sobre las fuerzas físicas, y las mías se debilitaron excesivamente. Pensaba morir á cada instante (*Y thought that y was dying on my feet.*) Es indecible lo que sufría á cada paso de mi largo y abrasador camino, y por último llegué á Ujiji hecho un arazon de huesos y pellejo.

Aquí me encontré con que unas telas y efectos por valor de 500 libras esterlinas, que habia pedido á Zanzibar, habian sido imprudentemente confiadas á un sastre moro, y por añadidura borracho, el cual, despues de tenerlas durante diez y seis meses en el camino de Ujiji, acabó por venderlas á cambio de esclavos y marfil para él. Habia adivinado y sabido por el Koran que yo habia muerto, y escribió al gobernador Unyanyembe que habia enviado esclavos en mi busca á Manyema, los cuales, de vuelta, le habian dado la noticia de mi fallecimiento, juntamente con el permiso de vender las telas y efectos.

Esto era completamente falso, pues sabia muy bien por personas que me habian visto, que yo estaba vivo y aguardando lo que él debió llevarme; pero este hombre carecía de toda noción de moralidad, y como aquí no hay otra ley que la del puñal ó el fusil, tuve que resignarme á la penuria y estar privado de todo, excepto algunas telas de las que en Africa sirven para el cambio, y algunas sartas de cuentas que tuve anteriormente la precaucion de dejar en Ujiji, reservadas para un caso de extrema necesidad. La idea de aparecer pobre y miserable ante los ujijianos me era insoportable, y si no me desesperaba, débese á lo mucho que me reí de cierto amigo mio que al llegar á la embocadura de Zambezi me dijo « que habia estado á punto de desesperarse por haber roto un retrato de fotografía de su mujer, y que despues de esta catástrofe no podia sucedernos nada bueno. »

La idea de la desesperacion me pareció entonces tan soberanamente ridicula, que ya despues jamás quisé desesperarme por no imitar á mi amigo.

Pues bien : cuando yo mas apurado estaba, llegaron á mis oidos vagos rumores de que llegaba un viajero inglés. Me encontraba en la situacion de aquel hombre de que nos habla el Evangelio, tendido en el camino de Jerusalem á Jericó; pero por mi camino no podia pasar ningun sacerdote, levita ó samaritano. Y sin embargo, el buen samaritano estaba cerca, y uno de los hombres de mi comitiva llegó á todo correr y muy agitado, gritándome :

— ¡Llega un inglés! ¡Le he visto!

Y me volvió la espalda para ir de nuevo en busca del desconocido.

Una bandera americana, la primera que se haya visto en estos lugares, flotando á lo lejos sobre la caravana, me dijo la nacionalidad del extranjero. Yo tengo por naturaleza la frialdad y reserva que reprochan á los insulares, mis compatriotas; pero vuestra excesiva bondad me conmovió profundamente. Quedé como anonadado, y exclamé desde el fondo de mi alma : « Dios os colme de bendiciones á vos y á los vuestros. »

Las noticias que tenia que darme M. Stanley eran verdaderamente maravillosas; los grandes cambios positivos ocurridos en el continente, el cable trasatlántico, la eleccion del general Grant y otros muchos sucesos fijaron poderosamente mi atencion durante muchos dias. Tantas satisfacciones ejercieron benéfica influencia sobre mi salud. Durante muchos años habia estado sin noticias de los paises civilizados, si se exceptúan las que pude sacar de algunos números de *The Saturday Review* y *The Panch*, que llegaron á mis manos. Pronto recobré el apetito, y en una semana me hallé completamente restablecido.

M. Stanley me entregó un oficio amabilísimo y lisonjero de lord Clarendon, cuya muerte deploro sinceramente. Este oficio es el primero que recibí desde 1866. Además me informó M. Stanley de que el gobierno de S. M. me habia otorgado un auxilio de 1,000 libras esterlinas, que es la primera ayuda pecuniaria que recibí. Empecé el viaje sin subvencion alguna; pero felizmente queda ahora reparada esta falta, y experimento el mayor placer al anunciaros á vos y mis amigos, aunque mas gusto tendría si de viva voz os lo dijera, que he llevado adelante, con una perseverancia digna de John Bull, la misión que me confió mi amigo sir Roderick Murchison, y que espero llevarla á buen término.

La region hidrográfica del Sur del Africa Central tiene unas 700 millas de longitud. En este espacio son innumerables los manantiales, y se necesita la vida entera de un hombre para contarlos. Todos van á converger en cuatro grandes rios; dos de los cuales recorren el valle del Nilo, que empieza entre los 19 y 12° de latitud Sur. En mucho tiempo no pude resolver este antiguo problema ni formar idea clara de los desagües (*drainage*) de esta region. Tuve que adivinar mi camino, y cada paso era andar á tientas en la oscuridad; porque ¿quién se ocupa del curso que siguen los rios?

« Bebemos el agua que necesitamos y dejamos correr la restante. » Los portugueses que visitaron Cazemba preguntaron dónde habia esclavos y dónde marfil; pero nada mas. Yo preguntaba por las aguas, y tanto repetía mis preguntas, que á veces temí ser considerado hidrópico.

Mi última excursion, en la que me ha perjudicado mucho la falta de una buena escolta, fué siguiendo la linea central de desagüe, á través del pais de los canibales llamado Manyema.

En esta linea de desagüe se encuentran cuatro lagos. Yo estaba á orillas del cuarto cuando me vi obligado á retroceder. Tiene de una á tres millas de latitud, y no es vadeable en ninguna época del año. Al Oeste desagua por dos bocas. El rio Lufira ó Bartle Frere; y River pasa de este lago al de Kamolado. El gran rio Lomami pasa el lago Lincoln, entra en el que nos ocupa y parece formar el brazo occidental del Nilo, por el cual comercia Petherick.

Ahora conozco unas 600 millas de la region hidrográfica; mas por desgracia las 100 millas que aun no he explorado son las mas interesantes; pues en ese espacio, si no estoy engañado, brotan cuatro fuentes en una especie de colina, cada una de las cuales se convierte muy luego en caudaloso rio. Dos corren al Norte, hácia el Egipto; son el Lufira y el Lomami, y dos corren hácia el Sur por el interior de Etiopia, y se llaman Liamboi ó Zamberi superior y Kafne. ¿Son estas las fuentes del Nilo de que habla Herodoto el secretario de Minerva en la ciudad de Sais?

He oido hablar de ellas tantas veces y en tantos puntos diversos, que no puedo dudar de su evidencia, y á despecho de la nostalgia que se apodera de mí cada vez que pienso en mi familia, deseo completar mi viaje descubriéndolas.

Ahora, señor director, tengo que ir á Unyanyembe á expensas vuestras y de M. Stanley en busca de unos esclavos musulmes, á quienes por una nueva imprudencia confiaron en Zanzibar mas de 500 libras de telas y abalorios para mí, y que las han detenido en el camino mas de un año, en vez de traérmelas en cuatro meses. Si mis revelaciones acerca de la terrible plaga de la esclavitud en el Ujiji sirven algun dia para la supresion del tráfico de negros en las costas orientales de Africa, consideraré este resultado de mis viajes como mucho mas importante que el descubrimiento de las fuentes del Nilo.

Vosotros, los norte-americanos, habeis acabado con la esclavitud en vuestro pais; prestadnos ahora vuestra poderosa ayuda para alcanzar el mismo fin en estas hermosas regiones, que al presente están devastadas, como si pesase sobre ellas la maldicion de Dios, y todo porque no se pueden suprimir los privilegios esclavistas del sultan de Zanzibar, y porque han de ser respetados los derechos de la corona de Portugal, verdadero mito en el centro de Africa, hasta que en tiempos futuros estos paises lleguen á ser una nueva India para los portugueses traficantes de esclavos. »

Aquí concluye la primera carta del doctor Livingstone : otra se ha publicado despues con mas pormenores, que reservamos para otro dia, para no dar demasiada extension á este primer artículo sobre el célebre viajero y sus interesantes descubrimientos en la tierra de Africa.

R. S.

Estudios históricos.

LA VIDA Y HECHOS DE ATILA.

(Continuacion. — Véase el número 1,023).

Desde que se habia hablado de la llegada de Atila, Geneveva parecia no ocuparse de otra cosa, pues noche y dia no hacia mas que pedir á Dios que perdonase á su pais del azote que le amenazaba. Geneveva tuvo sus visiones, en las que se le hacia ver que Paris no seria arruinado si se arrepentia, y que Atila no se acercaría á sus murallas.

Convencida de ello, principió á exhortar á sus compatriotas para que hiciesen penitencia, ordenándoles de no ocuparse de los preparativos de marcha; pero los hombres se reían de ella. Viendo el poco fruto de su primer paso, se dirigió á las mujeres.

Reuniéndolas pues en derredor suyo, les decia mostrándoles las casas vacías ya y las calles desiertas :

— Mujeres sin corazon, ¿os decidireis por ventura á abandonar vuestros hogares y los techos bajo los que habeis sido concebidas y alimentadas, en donde han nacido vuestros hijos, como si no tuviérais otro medio que la fuga para preservaros vosotras y vuestros maridos de la cuchilla bárbara? ¿Por qué no os dirigis al Señor, tomando fuerzas en la oracion y el ayuno como hicieron Esther y Judith? Os digo, en nombre del Todopoderoso, que vuestra ciudad no perecerá si obráis así, mientras que los puntos en donde creereis hallar seguridad caerán en poder del enemigo.

Estas palabras y su semblante inspirado penetraron en el corazon de aquellas mujeres, las que la siguieron en silencio adonde quiso.

En la punta oriental de la isla de Lutecia, y en el mismo punto en que se halla hoy la basilica de Nuestra Señora, habia una iglesia consagrada al protomártir San Esteban, y allí fué adonde Geneveva condujo á las mujeres, haciéndose fuertes, por decirlo así, en el bautisterio, y poniéndose todas á orar.

Inquietos los hombres de la larga ausencia de sus mujeres, se dirigieron á la iglesia, y hallando cerradas las puertas del bautisterio, preguntaron qué significaba aquello; pero las mujeres respondieron de adentro diciendo que no querian salir.

Semejante contestacion agrió sobremanera á los hombres; pero antes de romper las puertas de un lugar santo tuvieron consejo y discutieron primeramente la clase de suplicio que darian á la falsa profetisa, como ellos la llamaban. Los unos opinaban que fuese apedreada á la puerta de la iglesia, y los otros dijeron que se la arrojase al Sena.

Aun se hallaban discutiendo tumultuosamente, cuando casualmente recibieron un miembro del clero de Auxerre, que huía de la proximidad de la invasion de los bárbaros, esperando estar mas seguro en Paris. Aquel diácono los riñó amargamente en nombre de la memoria de San German, les sacó los colores al rostro por los instintos feroces que habian manifestado, y les aconsejó que siguieran los consejos de Geneveva.

— Esta jóven es santa, les dijo; obedecedla.

Los parisienses obedecieron, y la prediccion de Geneveva se realizó, pues las bandas de Atila, reunidas entre el Somme y el Marne, no se acercó á Paris, debiendo esta su conservacion á la obstinacion valerosa de una jóven.

La intencion del rey de los hunos no era la de saquear toda la Galia, al menos por aquel momento. Atila, que no entraba en su modo de ver el arriesgarse, le gustaba sorprender al enemigo, pues acostumbraba decir que « el ataque pertenecia al mas valiente, » y por otra parte las expediciones repentinas convenian mucho á las tropas que mandaba. Su plan consistia en marchar directamente sobre el Mediodia de las Galias para sacar á los visigodos fuera de sus campamentos ó derrotarlos antes que llegasen los romanos de Italia. Una vez destruidos los visigodos, debia ir á esperar á Aecio y atacarles en los Alpes.

Su marcha desde Metz demostraba bien este plan. Dos caminos eran los que unian esta ciudad con el Mediodia de las Galias : el uno, principal via de comunicacion entre la provincia narbonesa y las orillas del Rin, pasaba por Langres, Chalon-sur-Saone y Lyon, bajando luego al valle del Ródano; y el otro pasaba por Reims y Orleans. El primero recorria varias montañas, y por consiguiente no podia desplegarse en aquel pais una numerosa caballería, ni hallar medios de subsistencia; y el segundo atravesaba una region llana y abierta que se prolongaba hasta las llanuras de Sologne y el Berry.

Atila, bien informado siempre de los distritos en que queria hacer la guerra, eligió el segundo de estos dos caminos, y contaba apoderarse de Orleans, sin perder gente, por hallarse en correspondencia con el jefe ó rey de los alanos acampados en Sologne, y encargados de guardar el paso del rio; Sangiban (este era el nombre de aquel rey), hombre débil y metuculo, se intimidó con las amenazas de Atila, ó bien este le sobornó ofreciéndole muchas cosas, pues Atila tenia por todas partes hombres que trabajaban en su favor, ya como emisarios ya como espías.

Por otra parte, los alanos de la Galia, antiguos vasallos de los hunos, no se hallaban tranquilos de las consecuencias de la desercion, cuando estaban viendo á los mismos visigodos reclamados como fugitivos.

Estas reflexiones obraron sobre el rey alano, quien consiguió en entregar la ciudad de Orleans á Atila.

El rey de los hunos no carecia, pues, de motivos, para activar su marcha á Orleans; y así es que conduciendo consigo las alas de su ejército, le concentró sobre aquella direccion, y desde Reims cesaron los saqueos.

No obstante la actividad que puso Atila, un ejército embarazado con muchos carros no podia menos de emplear unos veinte dias para andar trescientas treinta y seis millas romanas que habia de Metz á Orleans, segun los itinerarios oficiales.

Así pues, habiendo salido de la primera de esas dos ciudades el 9 ó el 10 de abril, pudo llegar delante de la segunda en los primeros dias del mes de mayo.

VI.

SITIO DE ORLEANS. — DERROTA DE ATILA EN CHALONS.

El Loira, en su curso de ciento ochenta leguas, forma entre el norte y el mediodia de las Galias un vasto foso semicircular, trazado por la naturaleza entre climas diferentes, el que separaba entonces como separa aun hoy pueblos no menos diferentes en su origen é intereses.

La ciudad de Orleans, situada en la corvadura y baluarte de ese vasto foso, ha desempeñado un gran papel en todos tiempos, tanto como punto estratégico como centro comercial.

En los tiempos de la independencia de la Galia y bajo su antiguo nombre de Gemabum tenia ya esa doble importancia, saliendo de sus murallas la señal de la grande insurreccion que puso en peligro aunque por poco tiempo la gloria y la vida de Julio César.

Bajo el régimen galo-romano hubo muy pocas guerras civiles y extranjeras en que no sufriese mucho, y así es que sus murallas batidas con demasiada fre-

cuencia por el ariete, tuvieron que ser reedificadas en el año 272.

Los habitantes de Orleans, poseedores de un punto tan importante, se consternaban al menor ruido de guerra, y en aquella decadencia del gobierno romano en las que no solían tener allí ni jefes ni soldados se acostumbraron á no aconsejarse sino de sí mismos.

Cuando los habitantes de Orleans llegaron á saber á punto cierto la marcha de Atila y sus proclamas en las que decía que solo tenía que ver con los visigodos, comprendieron al momento que la nube de bárbaros iba á descargar sobre ellos.

Su primer cuidado fué poner en estado de defensa sus murallas, hacer algunas obras nuevas y reunir viveres y municiones; y el segundo cuidado fué el de observar la conducta de los bárbaros encargados de socorrerles, y así es que descubrieron ó cuando menos, sospecharon los secretos manejos de Sangiban, de modo que cuando se presentó el rey de los alanos para dar la guarnición de la ciudad le cerraron las puertas. Al mismo tiempo hicieron salir para la parte meridional y la Galia á su obispo Aniano, á fin de que informase de lo que ocurría al prefecto del pretorio Tonancio Ferreolo, ó el mismo Aecio si se hallaba de vuelta ya de Italia.

La misión de Aniano se reducía á cerciorarse por sí mismo con qué socorros podía contar Orleans, y hacer saber á los generales romanos el tiempo que podía resistir la ciudad sin socorros extranjeros suspectos, ó tal vez como traidores declarados.

Aniano pertenecía á aquella raza heroica de obispos que producía el siglo V, es decir, que eran hombres de luces, virtuosos, buenos consejeros, y que en circunstancias excepcionales llegaban á ser los magistrados naturales de sus ciudades. Los pueblos tenían mucha confianza en sus pastores espirituales, y con ellos á la cabeza arrostraban toda clase de peligros; y por otra parte los bárbaros no podían menos de mirar con cierta aprehensión unos generales sin coraza ni espada, cuyo poder no calculaban muy bien; pero mas de una vez temblaron delante de ellos, y mas de una vez tambien negociaciones que habian abortado en manos de generales, se terminaban felizmente por la intervención de un obispo.

Luego que llegó Aniano á la ciudad de Arles, residencia de los altos funcionarios romanos, vió alrededor del palacio imperial un gran aparato de lictores y de guardias que indicaban la presencia del patricio generalísimo.

En efecto, Aecio habia vuelto. Aniano se presentó pues en el palacio, y al momento que lo supo Aecio le hizo entrar; y en efecto estuvo hablando largo rato con el anciano sobre la situación de la ciudad y la del ejército romano. El obispo insistía para que se la socorriese lo mas pronto posible, pues habia calculado que con las provisiones que tenía y el número de hombres útiles solo podría resistir hasta mediados de junio; pero que pasado ese plazo tendria que rendirse.

— ¡Oh, hijo mio, le dijo con un tono místico y sonoro, si para el día 8 antes de las calendas de julio (es decir, el 14 del mes de junio) no te presentas á socorrernos, la bestia feroz habrá devorado ya mi rebaño!

Aecio prometió que estaria allí para el día indicado, y el obispo se puso en camino inmediatamente. Apenas si habia entrado en Orleans cuando Atila se presentó á poner sitio.

El retardo prolongado de Aecio, tan perjudicial á la Galia, era el fruto de la política de Atila. Mientras tanto que se habia temido que su marcha hacia el Oeste y su declaración de guerra á los visigodos, hecha con tanto aparato no fuese otra cosa que un ardiz para sorprender á la Italia, Valentiniano habia retenido en el Mediodía de los Alpes á las legiones romanas y al general de mérito que las mandaba, y aun el emperador quiso conservar cerca de sí á la mayor parte de las tropas, cuando llegó la noticia positiva del paso del Rin por los hunos. Así pues Aecio se puso en marcha con un puñado de hombres, contando con las fuerzas que podría prestar la Transalpina, principalmente de bárbaros federados; pero su desaliento fué grande cuando vió de cerca la situación de las cosas, cuando vió batidos y humillados los burgondos, cuando vió á los alanos en estado de traición manifiesta, y cuando vió en fin que los visigodos estaban mas decididos que nunca á permanecer en sus acantonamientos. Ni súplicas, ni reflexiones no pudieron hacer doblegar el espíritu obstinado de Teodorico.

En vano Aecio le decía que su conducta seria una mancilla para él y para su pueblo cualquiera que fuese el resultado de la campaña.

— Si los romanos quedan vencidos, le decía, Atila caerá sobre vos, y entonces, abandonado por el resto de la Galia, os vereis en la imposibilidad de poder resistir; y si por el contrario, si llega á suceder que los romanos salen vencedores auxiliados por los demás federados, en ese caso, el honor de tan grande resultado recaerá naturalmente en favor de estos, y la deserción de los visigodos no podrá pasar por un cálculo de prudencia, sino por una cobardía.

A este argumento tan fuerte Teodorico no tenía mas que una respuesta que hacer, que era la misma que habia dado á los mensajeros de Valentiniano, es decir, « que los romanos tenían la culpa de haber llamado y atraído tanto sobre sí como sobre los visigodos las desgracias que los amenazaban, por consiguiente, que se arreglasen como mejor pudiesen. »

Sin embargo, la sola palabra de Aecio habia de-

vuelto la confianza como por encanto en el Mediodía de las Galias. Los nobles armaban á sus feudos, los paisanos pedían armas, y todos ansiaban por batirse.

La pequeña república armoricana, aunque separada del gobierno romano, probó que su corazón era romano, enviando sus guerreros al campo de Aecio, bajo la bandera nacional, y mandadas por su rey breton.

Los francos ripuarios no fueron de los últimos en presentarse; Merveo acudió lleno de ardor con sus franco-salienses, y Gondicario con sus burgondos, impacientes de reparar su derrota.

Cuando se presentó Langiban con sus hordas, Aecio fingió que ignoraba su traición, ora fuese por no desconcertar y desesperar á aquel hombre siempre incierto, ora para no exponer la fidelidad de los otros bárbaros al tomar una medida energética; pero tomó sus medidas para que observasen cuidadosamente sus pasos. El ejército, compuesto de tantas gentes diferentes, era crecido; y así es que Aecio, al ver la confianza que se manifestaba entre ellos, la tuvo tambien; pero le disgustaba mucho no ver allí á los visigodos. Obstinándose pues en querer reunirlos, no paraba ni seosegaba un instante, discurriendo planes, y por último, se le presentó uno á la imaginación que le pareció infalible.

En la ciudad de Arvernia, hoy Auvergne, vivía un senador de nobleza céltica y romana á la vez, cuya familia habia desempeñado las mayores funciones administrativas y militares del imperio de Occidente.

Aquel senador se llamaba Mecilio Avito. Avito presentaba un extraño compuesto de molice y de momentos de energía: hombre de placer y de estudio á la vez, habia primeramente hecho la guerra y servido al gobierno romano á las órdenes de Aecio, conduciéndose con el mayor valor; y habiendo entrado mas tarde en los empleos civiles, sirvió con provecho tambien, adquiriendo la reputación de un hombre diestro y muy político.

Entre otras cosas se admiraba el tacto con el que en 439, y hallándose entonces de prefecto del pretorio en las Galias, habia arrancado al rey de los visigodos una tregua ó un tratado de paz que este último negaba obstinadamente á los generales romanos.

Luego que concluía las funciones de su ministerio, Avito se retiraba en su hermosa quinta de Avitacum, en donde pasaba su vida en medio de los placeres y del estudio á la vez, rodeado de hombres instruidos y de mujeres elegantes, que iban á pasar allí una temporada. Desde las ventanas de su biblioteca se veían los baños termales que habia hecho construir á grandes gastos para recreo de las personas que iban á verle.

Su familia se componía de una hija llamada Papiánilla, que se habia casado con Sidonio, hombre honrado y distinguido, y poeta muy en boga en el Occidente.

Si la exquisita urbanidad de Avito y su mucho tacto le daban una importancia nada comun en todas partes, y hasta en Roma, esa importancia era aun mayor entre los visigodos, y sobre todo en la corte de estos. Teodorico no se cansaba de admirar aquel tipo de elegancia que formaba contraste con el exterior grosero, la voz ronca y el mal latin de los señores con casaca de piel que componían la corte de Tolosa.

En fin, el hijo de Alarico se creía feliz cuando recibía la visita de Avito, y hasta parece que este consintió en dirigir los estudios del jóven Teodorico, hijo del rey. Merced á las lecciones del digno consejero, la residencia de los saqueadores de Roma se trasformó en una academia latina, en donde se estudiaba el derecho romano y se comentaba la *Eneida*. En fin, sabiendo Aecio la autoridad personal que tenía Avito para con el rey bárbaro, se puso en marcha inmediatamente para Avitacum, en compañía de algunos personajes del país.

— Avito, sosten del mundo, dijo Aecio al acercarse al dueño de la casa, para tí no es una gloria nueva el que te suplique Aecio. Este pueblo bárbaro que está cerca de nuestras puertas no tiene mas ojos que los tuyos, solo oye por tus oídos; si le dices que vuelva á sus acantonamientos obedece, y si le dices que salga, así lo hace. Haz pues que salga hoy. En otros tiempos le imponías la paz, impónle ahora la guerra.

Este obsequio que llevaba en sí la quinta esencia de la adulación, y como se usaba en aquellos tiempos, agradó á Avito. Por otra parte, el paso que daba semejante personaje le honraba tanto á los ojos del mundo, que se hizo una especie de deber en salir airoso de la misión que le encomendaba.

En efecto, Teodorico cedió á la voz de su amigo, y el mismo Avito fué secundado secretamente por los jefes visigodos, que principiaban á sonrojarse del dicitario de cobardes que les daban los romanos.

Teodorico dió pues la señal de ponerse en marcha, tomó él mismo el mando de sus tropas, llevando consigo á sus dos hijos mayores Torismondo y Teodorico, dejando la administración del reino á los cuatro otros hijos menores Federico, Eurico, Rotemer é Himérico.

La incertidumbre que habia manifestado hasta entonces el rey Teodorico hizo perder á los romanos un tiempo precioso, pues las cinco semanas que habia prometido defenderse la ciudad de Orleans iban ya á espirar, y aun quedaba mucho camino que andar; pero Aecio se daba prisa y esperaba llegar antes del término fatal.

Atila y sus hordas estrechaban la plaza cuanto podían, y los sitiados, por su parte, se defendían como leones. Varias veces mandó acercar el ariete á las mu-

rallas, pero sin alcanzar resultado. Entonces los hunos recurrieron á sus arcos, haciendo llover las flechas sobre la ciudad, y causando en ella mucho daño; pero los sitiados continuaban resistiéndose. En semejantes circunstancias, y á fin de alentar los ánimos, el obispo hizo parecer por las murallas las reliquias de su iglesia; pero el ardor de los sitiados iba declinando cada vez mas, ora fuese que hubiesen prometido resistir mas tiempo de lo que podían, ora que se imaginasen que la Galia se habia sometido, no recibiendo ninguna noticia de afuera. Los habitantes acusaban á su obispo de haberles engañado con una promesa imaginaria; pero Agnan, firme siempre en la creencia de una revelación del mismo Dios, anunciándole socorro, regaba con sus lágrimas las gradas del altar, y levantándose por intervalos, decía:

— Subid á lo mas alto de la torre, y ved si nos llega la misericordia de Dios.

Cuando le decían que no se veía ninguna clase de tropa ni polvo en el llano que anunciase un pronto socorro, principiaba á orar de nuevo con mayor fervor. Inmediatamente mandó salir á un soldado encargado de llevar á Aecio este mensaje:

— ¡Oh, hijo mio, si no llegas hoy mismo, vamos á ser muy desgraciados!

El soldado no volvió. Entonces Agnan, faltándole todo recurso, ya parecia dudar de sí mismo. En esto cayó una formidable lluvia que obligó á los sitiadores á suspender durante tres días sus trabajos, y en este tiempo se reunieron los habitantes de la ciudad, y resolvieron en consejo que no habia mas remedio que entregarse. El obispo fué encargado de llevar las condiciones al campamento de Atila; pero este no quiso recibir al negociador, quien entró temblando en la ciudad.

No quedaba mas remedio que entregarse á discreción, y eso fué lo que hicieron los sitiados.

(Se continuará.)

Excursion por el Mediodía de Francia.

(Continuacion.—Véase el N.º 1,020.)

VIII.

DE SAINT-CHAMAS AL TUNEL DEL NERTHE.

Después de haber pasado ese hermoso viaducto, la línea sigue costeano las colinas áridas y tristes que le dominan á la derecha, colinas que muy luego se cambian en montañas con dirección al Este, formando la vertiente occidental de la cuenca del Arc, vasto delta cuya punta casi toca á Aix, y cuya base se apoya en el lago de Berre. Mas allá del camino que conduce al pueblo de la Fare, y cerca de Merveille, se atraviesan las tierras incultas de la península formada por los aluviones del Arc. A la derecha, á la orilla del lago, se distingue *Berre*, cuya estación poco distante del viaducto del Arc, se encuentra á 15 kilómetros de Saint-Chamas. Las montañas se acercan y el camino se encajona entre sus bases y el golfo de Berre para llegar á *Rognac* (6 kilómetros de Berre) aldea situada en una feraz llanura que baja en cuesta hacia el estanque de Berre, dominado por los peñascos del Escalion, sobre los cuales se elevan en lontananza las crestas de la elevada cordillera que separa la cuenca de Berre de la de Marsella y que atraviesa el famoso túnel del Nerthe.

El aficionado á los puntos de vista debe detenerse en Rognac para visitar la *ermita de Vitrolles*, tres horas bastan para esa deliciosa excursion que puede hacerse á caballo ó á pié.

En marcha pues. Durante media hora seguiremos la carretera de Arles á Marsella paralela al ferro-carril; pero llegados al viaducto de la Grande Baume, no lejos del cual está el de *Baou* que representa nuestro dibujo (1), pasamos por debajo del ferro-carril para subir al monte donde está Vitrolles y cuyas cuevas tienen formas muy notables. De la Grande Baume un camino escarpado nos conduce á Vitrolles, que se halla poco distante, y pronto estamos al pié del pintoresco peñon, que corona la ermita del mismo nombre construida sobre los restos de una antigua fortaleza feudal.

Una escalera cortada en la roca, el único punto accesible del peñon, que arranca de la aldea conduce á la cumbre. Por fin hemos llegado. Hé aquí la ermita, que nos enseña un hombre amable suficientemente instruido, el cual llama nuestra atención sobre el terrado que ha querido convertir en jardín trasportando él á hombros la tierra vegetal tomada en la base de la roca. Luego nos cuenta la historia del país, y nos indica las principales localidades que nuestras miradas buscan ó contemplan en ese vasto y sublime panorama que se ofrece á nuestros ojos: Vitrolles y su

(1) El viaducto de Baou tiene 74 metros 50 c. con siete arcos de desigual abertura. Su altura pasa de 9 metros.

planicie, todo el estanque de Berre, las salinas de Berre, de Marignanc y de Lyons, el mar allende los montes de Martigues, la cordillera del Estaque, el Escalion, las Alpinas, las montañas de Saint-Chamas y tantas otras cuyos nombres enumera el buen ermitaño.

De la estación de Rognac á la del Pas-des-Lanciers - se cuentan 10 kilómetros que se atraviesan pronto, sin nada notable que merezca fijar la atención, sino es el viaducto de la Cadière construido por el mismo sistema que el de Saint-Chamas. Además ¿por qué no confesarlo? Hace algunos instantes no tenemos mas que un pensamiento, y es el de que nos acercamos á la terrible montaña que debemos atravesar á una profundidad de mas de 200 metros... Con efecto, de repente entramos en la noche : estamos ya en el *subterráneo del Nerthe*.

IX.

EL SUBTERRÁNEO DEL NERTHE.

Habiase calculado que la construcción de este subterráneo debía costar 2,000 fr. por metro y se destinó á él una cantidad de 8,000,000 ; se creía que no pasaría de 4,000 metros de largo. Pero el ingeniero reconoció muy luego que los terrenos que tenía que atravesar no se prestarían á las profundas zanjas que debieron hacerse, y tuvieron que añadirse 600 metros. El túnel tiene pues, 4,617 metros y ha costado mas de 10,000,000 de francos.

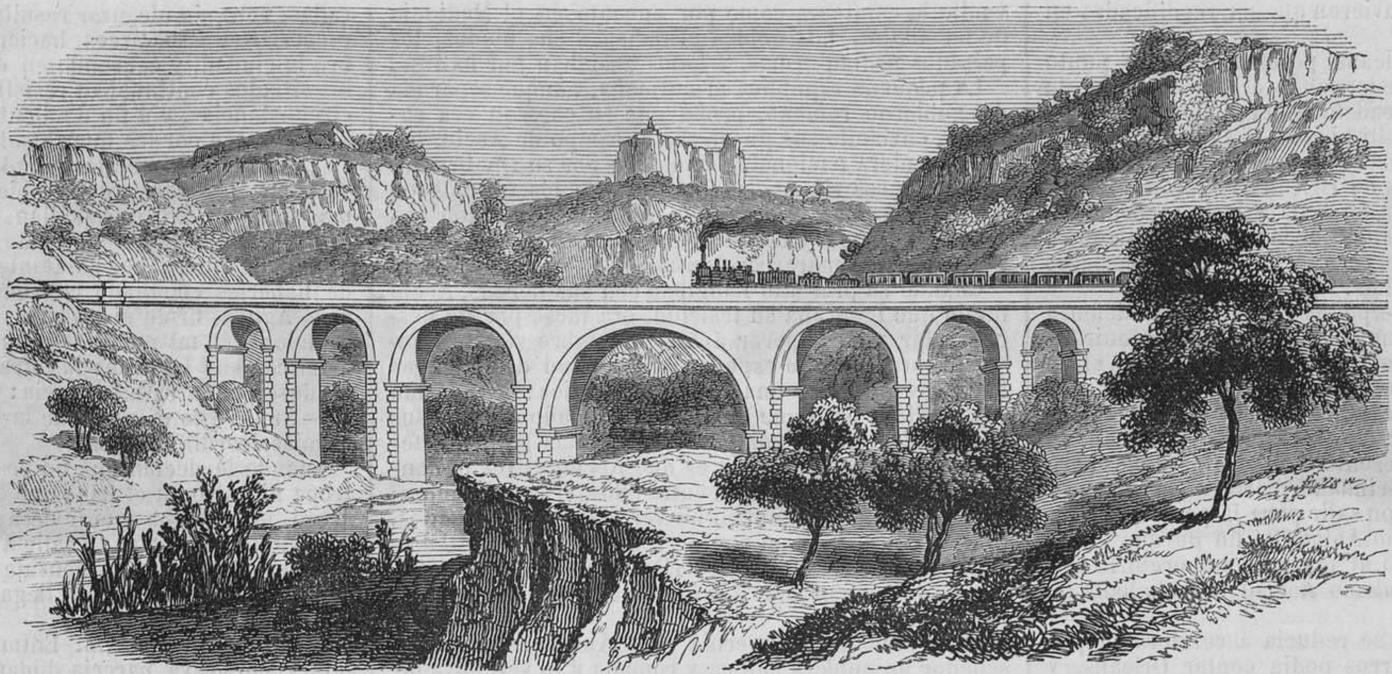
Los pozos abiertos para el servicio del subterráneo son veinte y cuatro, espaciados de unos 200 metros y situados á 10 metros fuera del eje de la vía. El pozo menos profundo tiene 20 metros y el mas profundo 185. Su diámetro es de 3 metros.

El subterráneo ofrece en su trayecto una rampa de 1 milímetro : su altura es de 10 metros, con 8 de ancho. Su forma es la de una elipse truncada, de manera que sus sostenes abiertos resisten mejor al esfuerzo de las bóvedas. El umbral de la galería hace un arco, y en todo su largo reina un acueducto de un metro de altura, que comunica por pequeños acueductos transversales con los pozos que ocupan la parte inferior del pozo de extracción.

X.

DEL SUBTERRÁNEO DEL NERTHE Á MARSSELLA.

Al salir del túnel del Nerthe se desemboca en una



De Aviñon á Marsella. — Viaducto de Baou, entre Rognac y Vitrolles.



De Aviñon á Marsella. — Ermita de Vitrolles.

garganta erizada de rocas fantásticas ; se cree uno trasportado á un mundo nuevo ; pero apenas se ha tenido tiempo de examinar el extraño vestibulo, cuando desaparece como por encanto y un magnífico cuadro se ofrece á la vista. Así como la garganta era sombría, estrecha y silenciosa, así el paisaje es claro, animado y risueño... Este paisaje es el mar, el Mediterráneo que se confunde con el horizonte, cubierto de buques y de barcas, cuyas blancas velas brillan en medio de sus aguas azules como las estrellas en el firmamento en las noches que la luna no alumbrala tierra. Sus hermosas olas, serenas ó alborotadas, vienen

á estrellarse á 100 metros de la vía férrea, y las playas, los valles, las alturas presentan por todas partes caseiros entre verdes árboles, viñedos, pinos y olivos. En el fondo de ese bello golfo tantas veces descrito y representado por los poetas y los pintores, casi en línea directa, se eleva Marsella, el fin de nuestro viaje, dominado por su fuerte de Nuestra Señora de la Guarda.

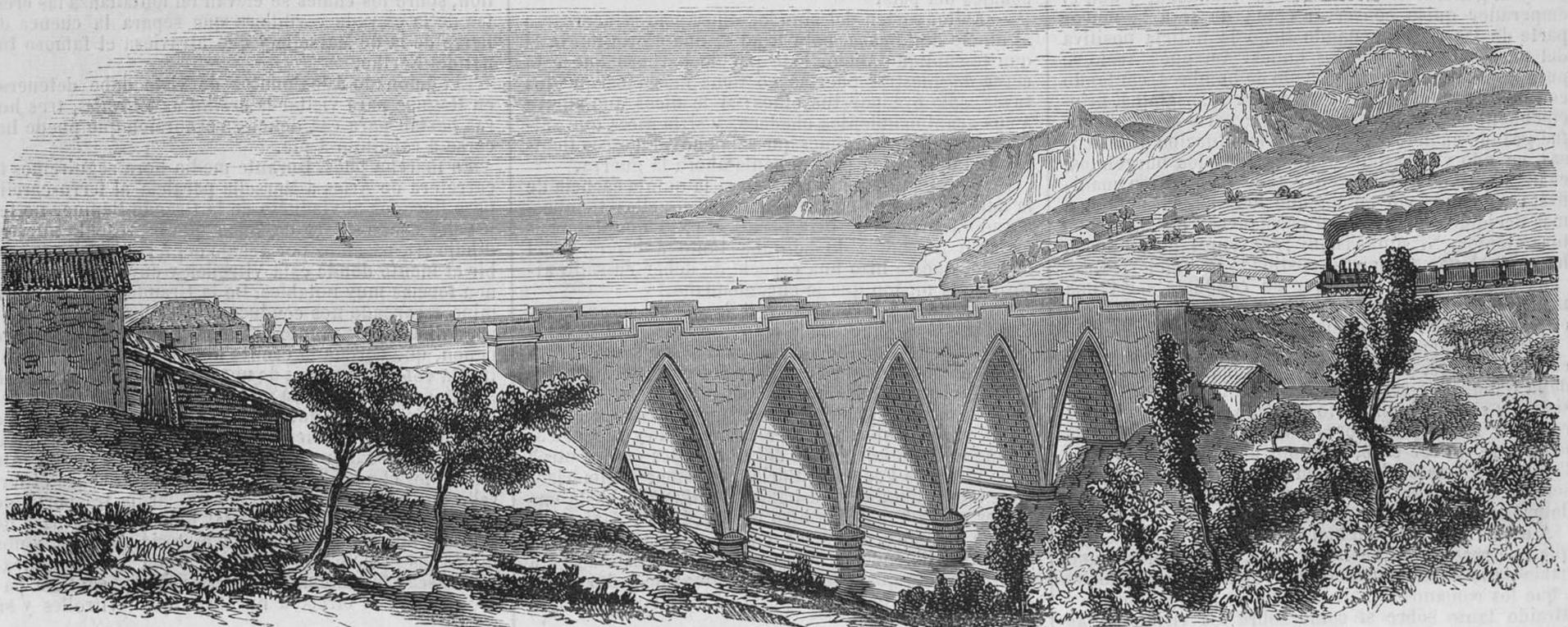
Tenemos grandes deseos de llegar. Después de haber respirado un momento en la estación del *Estaque* (7 kilómetros de la del Pas-des-Lanciers) la locomotora continúa su marcha ; pero debemos llamar la atención sobre dos magníficas obras de arte que ya ha dejado atrás, los viaductos de Riaux y de Château-Follet.

A corta distancia de la cabeza Sur del subterráneo está el viaducto de Riaux con 6 arcos de 8 metros de abertura y un largo total de 79 metros. El elegante viaducto del Château-Follet formado de 5 arcos en ogiva de 8 metros de abertura, tiene 56 metros de largo y una elevación que varía entre 8 y 12 metros. Su parapeto almenado se armoniza admirablemente con los sitios pintorescos que le rodean.

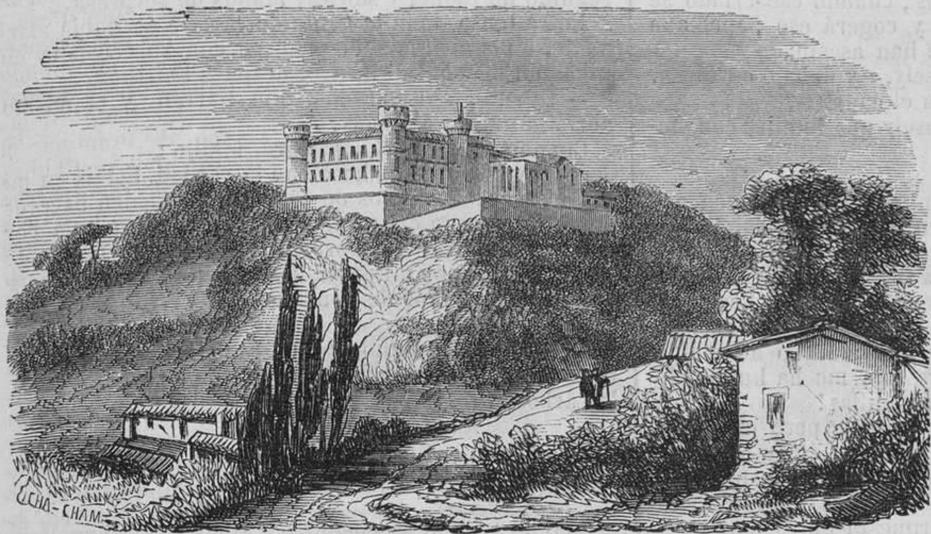
El viaducto de *Château-Follet* debe su nombre á la inmensa construcción que hizo levantar un loco en ese lugar retirado y que en vez de ser un *castillo*, es una posada, ó mejor dicho, una taberna.

Mas allá de Château-Follet se abre una profunda zanja. Pasamos las aldeas de San Enrique y San Andrés que á veces se ocultan por las zanjas, las cuales merecen tambien una ojeada. Las arenas gredosas en que han sido abiertas constituyen la fortuna de los habitantes del país, que las utilizan para fabricar tejas y ladrillos. Ya una ramificación del Estaque que se avanza hácia el mar, nos oculta la vista de Marsella, pero nos ofrece en cambio, en medio de un magnífico pinar el célebre *castillo de las Torres*. ¿Qué vista tan bella debe tener esa posesión incomparable !

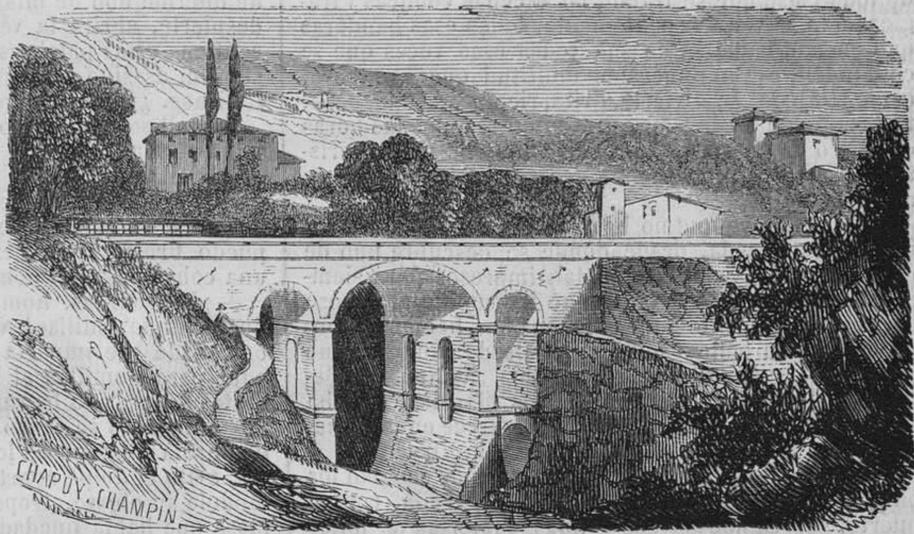
El Estaque nos ataja de nuevo el paso y tenemos que penetrar en sus flancos de piedra. Por fortuna el túnel de San Luis de 460 metros de largo, se atraviesa pronto y al salir nos encontramos en el delicioso valle de Aygalades, ó mejor dicho le atravesamos por un



De Aviñon á Marsella. — Viaducto de Château-Follet.



De Aviñon á Marsella. — Castillo de las Torres.



De Aviñon á Marsella. — Viaducto de Aygalades.

viaducto de una construcción singular (4) que nos acerca á Marsella. Estamos en un oasis: por todas partes jardines, palacios y casas de campo.

Pero hé aquí *Saint-Barthelemy*. Dos kilómetros mas y hemos llegado.

XI.

MARSELLA.

Marsella es como Aviñon. Lo que ofrece de mas notable al que la visita, es su posición, es la vista que se descubre desde lo alto de los cerros que por todas partes la dominan y sobre todo desde el fuerte de Nuestra Señora de la Guarda. Sus monumentos apenas merecen una mirada; no posee ninguna obra de arte digna de grande atención, y solo la parte nueva es digna de verse. Pero en cambio tiene una curiosidad inapreciable, y es su puerto. Corred al puerto los que acabais de llegar á la antigua metrópoli focense, si el sol se ha ocultado detrás de un cortinaje de nubes, y si no reina el *mistral*, pues como escribia Le Brun al conde de Turpin, todo es extremado en Marsella; el *mistral* no sopla, sino que muge y truena; el sol no calienta, sino que abrasa.

Un célebre escritor, M. Nisard, pinta de este modo las impresiones de su visita al puerto de Marsella hace ya años:

« Apenas llegué á Marsella corrí al puerto como es costumbre. Esperaba yo ver allí un parador universal, un vasto mercado abigarrado de todos colores y con todas las banderas; y en lugar de eso encontré una

(4) Este viaducto de Aygalades, pintorescamente situado á la cabeza del subterráneo de San Luis, está edificado sobre estacas. Tiene 30 metros 40 c. de largo, un arco de 8 metros y 2 arcos de 4 metros de abertura. Su mayor altura es de 13 metros.

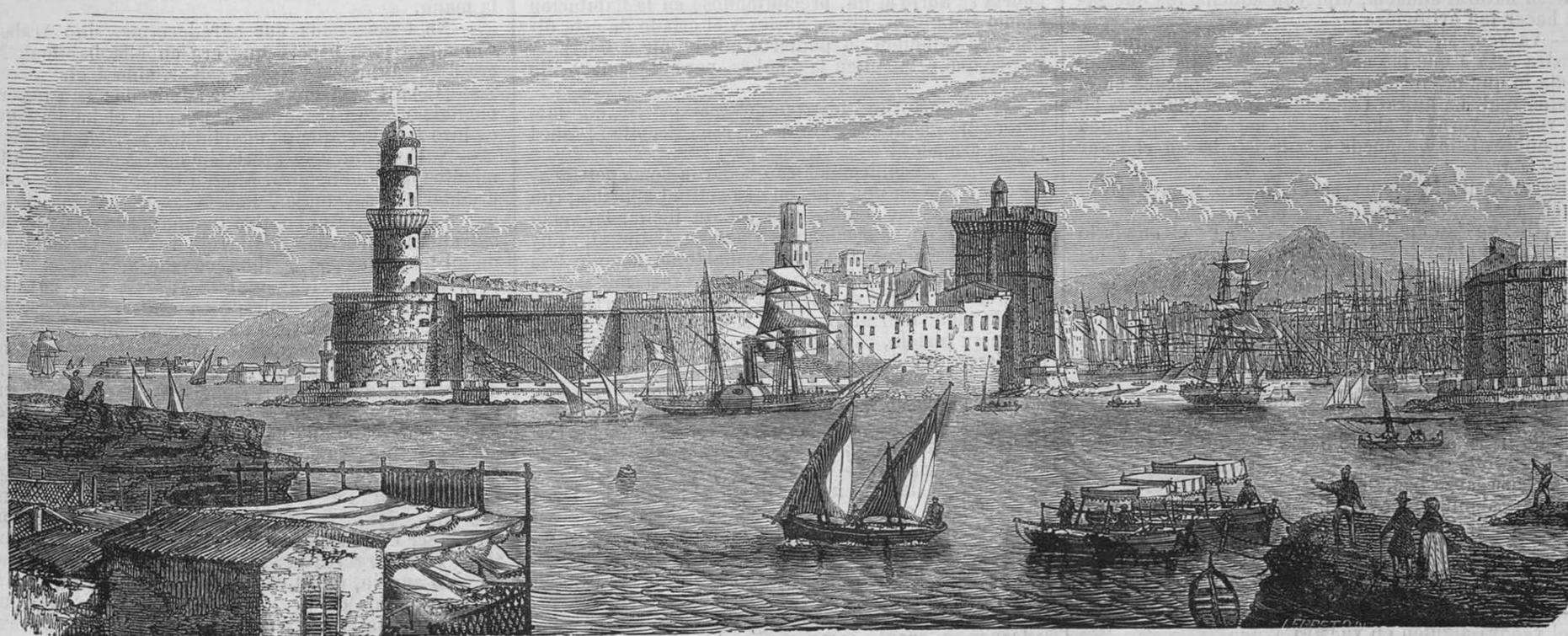


De Aviñon á Marsella. — Entrada del tunel del Nerthe.

población chillona y empapada en alquitran, donde todas las naciones usan el mismo traje, el de la suciedad. El negocio da á todas esas figuras del Norte, del Mediodia y del Oriente, confundidas allí, un mismo tipo engarabitado, tipo de Harpagon: Harpagon es el santo patrono del puerto de Marsella. El negocio que se toma por civilización, es cocina y no otra cosa. Esa civilización se ve en el puerto de Marsella, manipulada por las manos mas sucias del mundo, al borde de un agua estancada, en medio del alquitran y de las canciones de los marineros, por cocineros que no siempre prueban los platos que confeccionan, pues nada parece menos civilizado que esos obreros de la civilización...

» Sin embargo, preciso es recorrer el puerto de Marsella cuando se tiene afición á la civilización como ciertas personas la tienen á la cocina, hasta el punto de no asquearse en la cocina donde se prepara, ni de las manos que elaboran las primeras materias, y sobre todo cuando importa poco pringarse cuando se pasa junto á los toneles de aceite, ni blanquearse rozándose con los costales de harina, ni ennegrecerse al contacto de las chaquetas de los marineros, ni recibir en la cara algunos coletazos de atun; ni por último, cuando le es á uno insignificante ser sofocado por el calor, por la gente, por el olor del pescado salado, ó atontado por la locuacidad de los hombres del negocio, ó verse enredado en los cables que sirven para amarrar los buques, ó ser equivocado con un traficante que viene á comprar frutos, cosas que pueden suceder á cada momento, sin contar el riesgo de que la multitud le arroje á uno al agua, si hay algun alboroto en torno de una iglesia, ó alguna guerra civil entre militares y paisanos.»

No carece de verdad esta descripción satírica; pero lo que no puede ponerse en duda es que el puerto de Marsella, tal como se ve hoy dia, es el mas bello de la Francia en el Mediterráneo, que la actividad que reina en él constantemente, el número y variedad de los buques que entran y salen, los colorines de los trajes de todas las naciones del universo, la diversidad de las



De Aviñon á Marsella. — Una vista de Marsella.

mercancías que cargan y descargan, el prodigioso número de las lenguas que se hablan allí, los negocios de toda clase que se tratan, las escenas cómicas y trágicas que se ven frecuentemente, todas esas banderas que ondean bañadas de sol, todas esas voces que se confunden, esa innumerable multitud que se mueve, corre, trabaja, se divierte, grita, ríe, jura, come, bebe, trafica, fuma ó duerme, presentan á todas las horas del día ó de la noche los espectáculos mas característicos y variados que puedan desear un observador, un artista y un poeta.

No hay viajero que no haga una visita á Nuestra Señora de la Guarda, desde donde se descubre uno de esos panoramas que se quedan impresos para siempre en la memoria. Nadie que ha subido al famoso cerro se arrepiente de su ascension, habiendo contemplado tan bello espectáculo. Desde muy antiguo existe allí una capilla consagrada á Nuestra Señora de la Guarda, patrona de los marinos, que ha sido embellecida en nuestros dias y ofrece en la actualidad una magnífica imágen de la Santa Virgen.

Desde lo alto de la plataforma, en donde señalan los buques que se acercan, se descubre Marsella, con su puerto, sus campos y sus colinas cubiertas de miles de casas, las montañas de la Provenza, la rada y sus islas, y el mar que por la parte del Sur se confunde con el cielo, en suma, un panorama indescriptible.

Cuando se baja de ese observatorio tan justamente célebre, en vez de seguir el camino trillado, el aficionado á lo pintoresco debe tomar uno de esos senderos empolvados y pedregosos que serpentean entre las paredes de las casas y llegando así al borde del mar se vuelve á Marsella por el hermoso paseo del Prado. ¡Dichoso el que tiene tiempo para detenerse algunas veces á la sombra de una roca en los pasos mas pintorescos del camino de ronda construido por los aduaneros para su servicio de dia y de noche, y contempla desde allí esa hermosa mar azulada, pensando tambien en las ciudades famosas que bañan las aguas mas ó menos lejanas del mismo mar, Barcelona, Cartagena, Málaga, Gibraltar, Óran, Argel, Túnez, Ajaccio, Palma, Niza, Génova, Nápoles, Palermo, Siracusa, Malta, Venecia, Trieste, Atenas, Alejandria, San Juan de Acre y Constantinopla!

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuación. — Véase el número 1,023).

— Os repito que mis exigencias son hoy mucho mayores, repuso Losely.

— Luego veremos; hasta ahora solo habeis declarado un proyecto de robo, para el cual exigis mi ayuda. ¡Eso es imposible! Aunque consiguiérais asesinarne, no podriais coger el codiciado botin. ¡Y decís que vuestras exigencias son mayores! Hasta ahora me parece que quedan reducidas á cero. ¿Teneis algo mas que decir?

La calma de Darrell, que hacia tan evidente aquella ironía, empezó á imponer al criminal; con la influencia de su mirada y de su voz, y su valor inflexible, fué adquiriendo gradualmente su imperio sobre aquella alma inferior. Jasper, haciendo un esfuerzo para recobrar su natural audacia, dijo con aquella voz que sabia hacer tan artificiosa:

— Ya veo, M. Darrell, que no debo obligaros en vuestra casa á que me concedais por medio de la violencia lo que me negásteis cuando os suplicaba en el camino real. La dulzura vale mas que la aspereza. Yo soy vuestro yerno, y sin embargo me estoy muriendo de hambre. Esto no puede seguir así; haced el favor de escribir.

Darrell metió la pluma en el tintero y preparó el papel.

— ¡Oh! vos no me temeis, ¿eh? No es el miedo lo que os hace obrar, es solamente el cariño y la compasion, amado suegro mio. Escribid una carta de pago por valor de quinientas libras. Ya veis, soy moderado, vuestra vida vale mucho mas. Dadme la carta, jurad por vuestro honor que no me suscitareis ningun inconveniente para el cobro de esa cantidad, y buenas noches, suegro mio.

Cuando Losely acababa de hablar con acento burlesco, Darrell se levantó vivamente, abrió una ventana y arrojó fuera el papel que habia escrito, y en el cual habia impreso su sello.

Losely se lanzó hácia él.

— ¿Qué significa eso? exclamó. ¿Qué habeis hecho?

— Salvar vuestra vida y la mia, Jasper Losely, dijo Darrell con todo solemne y asiendo el brazo que se habia levantado sobre su cabeza. Ahora estamos en las mismas condiciones.

— ¡Ah! ya comprendo, creéis que por medio de ese papel vendrá alguien en vuestra ayuda.

— No. Ese papel será inútil mientras yo viva. Mirad, ¿no veis á la luz de la luna el sitio donde ha caído ese

papel? Está sobre esa cornisa adonde vos no podeis llegar; enfrente de la ventana de una habitacion donde duerme uno de mis criados; cuando ese criado se despierte, abrirá la ventana y cogerá ese papel que contiene estas palabras: «Me han asesinado esta noche, mi asesino es Jasper Losely,» y debajo mi firma. Retiraos. ¿Quereis perecer en el cadalso?

Darrell soltó el brazo de Losely que le miró con menos audacia.

Darrell añadió:

— Y ahora os digo terminantemente que nunca accederé á lo que me exigis en esos términos. Yo no puedo firmar lo que exigis de mí, porque eso seria una cobardía, y mi nombre es Darrell.

— ¡De rodillas, hombre orgulloso! ¡Vos firmáis y firmareis de rodillas! Nada me importa ahora vuestro oro, nada me importa ahora mi vida. Yo he venido aquí para humillar al hombre que me ha humillado tantas veces, y lo lograré. ¡De rodillas!

Y el asesino se lanzó hácia Darrell; pero este, que no perdía ninguno de los movimientos de su adversario, evitó el golpe apartándose á un lado. Jasper, faltándole su objeto, tropezó contra una esquina de la mesa que habia quedado interpuesta entre ambos, y con la violencia del golpe fué á dar contra la pared, quedando por un momento medio aturcido. Darrell se dirigió á la chimenea y cogió un tronco medio encendido. Jasper se repuso de su atolondramiento, separó, moviendo bruscamente la cabeza, los largos cabellos en desorden que cubrian sus ojos, y mirando sin terror el arma formidable de que se habia apoderado su enemigo, se preparó para una segunda embestida.

— ¡Deteneos, deteneos, parricida, insensato! exclamó Darrell con la mirada resplandeciente. No es mi vida la que yo quiero salvar, es la vuestra. Acordaos de que si yo muero á vuestras manos, no os quedará ninguna esperanza de salvacion. En nombre de mi pobre hija y del cielo á quien habeis ofendido con vuestros crímenes, prometo salvaros de la rabia que os ciega y del abismo que amenaza á vuestra alma.

Era tan imponente el gesto y la mirada de aquel hombre, y tan terrible y majestuoso el acento de su voz, que Jasper, en medio de su rabia, se detuvo con un terror y un respeto inexplicables. Su pecho se levantó con respiracion anhelante; bajó sus ojos, hasta su lengua parecia pegada al paladar. No es fácil adivinar si aquella impresion repentina hubiera continuado en él, ó si su cólera, renovándose con mas violencia, le hubiera lanzado al crimen. En aquel instante se oyeron en el corredor pasos precipitados, fuertes golpes en la puerta y voces que exclamaban: ¡Abrid, abrid, Darrell! Mientras la campana de la puerta exterior de la antigua casa se agitaba vivamente.

— ¡Ah! ¿viene gente? murmuró Losely recobrando su presencia de espíritu. Pero no creais que me dejaré coger como una rata en una ratonera. No, yo...

— ¡Silencio! interrumpió Darrell, levantando el tizon y avanzando hácia Losely, ¡silencio! Nadie sepa que el marido de mi hija ha entrado aquí para robarme. Sentaos, sentaos, obedeced; voy á salvaros por la honra de mi casa.

Y apoyando su mano sobre los anchos hombros de Losely, le obligó á sentarse.

Entre tanto el ruido continuaba por afuera, la puerta, golpeada cada vez con mayor violencia, estaba próxima á ceder.

— ¡La llave! ¡la llave! exclamó Darrell en voz baja.

Pero Jasper parecia aturcido al ver cuán rápidamente quedaba reducida su rabia á la impotencia, y por tierra su proyecto, cuán pronto habia cambiado de posicion ante el hombre á quien dictaba leyes y amenazaba, como llegaba á ser el protegido de su víctima. Comprendiendo vagamente el sentido de las últimas palabras de Darrell, le señaló maquinalmente su bolsillo, Darrell cogió las llaves rápidamente, pero la puerta se abrió al fin, precipitándose en la habitacion Lionel Haughton, Alban Morley y el criado de este último. Al principio no pudieron distinguir á Darrell y Jasper que estaban en la sombra, pero el primero dijo con calma.

— ¡Alban Morley! bienvenidos seais; pero ¿qué motivo os trae aquí á esta hora con ese estrépito? ¡Calle! ¡venís armados!

Los tres recién llegados se quedaron como petrificados. Sentado en una silla, en una actitud apacible, con las manos en las rodillas y la cabeza inclinada, veian un hombre cuyas facciones no podian distinguir; Guy Darrell estaba apoyado en el respaldo de la silla con el semblante tranquilo sin ninguna expresion de temor, en sus labios se advertia una ligera sonrisa.

— Y bien, murmuró Alban Morley, bajando lentamente su pistola, esto me llena de sorpresa. Si, por la primera vez desde hace veinte años, estoy sorprendido.

— Sorprendido quizás por encontrarme en pie á estas horas hablando con una persona de negocios con la puerta cerrada. Ya os explicaré esto mas tarde. Por supuesto que pasareis aquí la noche. Mi negocio con este... este caballero ha terminado. Lionel, abrid esa puerta, aquí está la llave. Caballero, y dándole un golpecito en el hombro, dijo á Jasper en voz baja: levantaos y no habléis. (Alto). Caballero, no quiero deteneros mas tiempo. Permitid que os enseñe el camino para salir de esta vieja casa de tantas vueltas y revueltas.

Jasper se levantó como medio dormido, é inclinándose para ocultar su rostro á los recién llegados, siguió á Darrell, bajó la escalera interior, atravesó el gabi-

nete de estudio, la biblioteca, y llegó al vestibulo precedido del criado del coronel que llevaba una luz, y seguido de Lionel y Morley, mudos de sorpresa.

Entre tanto, toda la gente de la casa se habia alarmado. Mills apareció el primero con su escopeta en la mano, despues el lacayo, despues Fairthon.

— Esperad ahí parados, dijo Darrell, y él mismo abrió la puerta á Losely.

Cuando salieron al aire libre, le dijo:

— Advertid que os he dicho la verdad. Estais en mi poder, y si los sucesos de esta noche pueden haceros comprender que existe una Providencia que vela por nosotros, mirad con horror el crimen que acaba de evitaros; yo, por mi parte, por gratitud al cielo, pensaré en los medios de poner á otras personas al abrigo de vuestro furor.

Losely no respondió; pero se alejó rápidamente, y huyendo de la luz de la luna, marchó por debajo de los árboles.

II.

Cuando Darrell se encontró á solas con Alban Morley y Lionel, la calma que hasta entonces habia afectado desapareció, y les dió las gracias con una profunda emocion.

— Perdonadme, dijo; pero en presencia de un criado nada podia decir. Me habeis salvado de una lucha terrible, habeis librado al marido de mi hija de la muerte de los asesinos. Pero ¿cómo habeis sabido el peligro que me amenazaba? ¿Quién os ha enviado en mi ayuda?

Alban se lo explicó en breves términos.

— Podeis juzgar, dijo para terminar, cuán grande seria nuestra ansiedad cuando, siguiendo las instrucciones de nuestro guia, entramos en el nuevo edificio, y encontramos ya las puertas abiertas. Temiamos llegar demasiado tarde. Pero entre tanto aquella pobre mujer nos espera llena de ansiedad, voy á verla.

— Traedla aquí, exclamó Darrell, para que la exprese mi gratitud. Pero esperad, Alban. Cuando me hayais dejado solo con esa mujer, llamad á Mills, y decidle que habiendo sabido que debia cometerse un robo en esta casa, habeis venido para impedirlo; pero que vuestros temores eran exagerados: el hombre era mas bien que ladrón un mendigo medio loco. Procurad que no sospechen su identidad con Losely, y encargad á Mills que no se ocupe mas de ese asunto. Los hombres públicos están expuestos, como sabeis, á ataques de ese género por locos entusiastas... Ó sino, esto es mejor, yo en otro tiempo ejercia la profesion de abogado (prosiguió Darrell con aquella ironía que formaba uno de los elementos esenciales de su carácter y resistia á todas las pruebas), y hay hombres bastante locos para imputar su ruina á un abogado. Lionel, decid al pobre Dick Fairthorn que venga aquí.

Cuando entró el músico, Darrell le dijo en voz baja:

— Volved á vuestro cuarto, abrid la ventana, y en la cornisa, al alcance de vuestra mano, vereis un papel cerrado con el antiguo sello que tiene mis armas. Traedme tal como está, Dick. Os advierto que ese pobre Lionel pasará aquí un dia ó dos, no seais mordaz con él, Dick.

III.

Arabela entró en el salon. Darrell vacilaba; aquella mujer despertaba en él recuerdos penosos y repugnantes. ¿Pero no tenia motivo de gratitud hácia aquella mujer? ¿no la debia quizás la vida? Pasó rápidamente la mano sobre la frente como para ahuyentar recuerdos importunos, y acercándose á ella, le tendió la mano.

— No teneis nada que agradecerme, dijo Arabela con aquel tono áspero que era en ella habitual. No era á vos á quien yo queria salvar, sino á él.

— ¡Cómo! exclamó Darrell admirado: ¿no experimentais ningun resentimiento contra el hombre que os hizo traicion, que os ofendió tan terriblemente?

— Nada os interesa averiguar cuáles son los sentimientos que me inspira. Ningun hombre puede comprenderlos; soy mujer. Podria avergonzarme de lo que he sido para él en otro tiempo; pero no de lo que soy ahora. Pero vos, M. Darrell, vos, en el momento de mi mayor desesperacion, cuando veia perdido mi porvenir, desvanecidas mis esperanzas, vos, cuya alma generosa habia admirado en otras ocasiones, me arrojásteis de vuestra casa sin compasion, viendo solo un crimen en mi desgracia; me hicisteis perder mi reputacion marcando mi frente con el sello de vuestro desprecio, me expusisteis á morir de hambre ó al suicidio. ¡Y os admirais de que experimente menos resentimiento contra el hombre que me hizo traicion que contra el que, sabiendo que era víctima de aquella traicion, no tuvo para mí mas que palabras de desprecio! Sencilla es la respuesta. El desprecio del hombre que solo ha inspirado respeto á una mujer, no puede ser contrareestado por ningun recuerdo que mitigue su amargura; pero las ofensas del hombre que ha sido amado, dejan el dulce recuerdo de otra existencia radiante de alegría, llena de esperanza, de un tiempo en que la tierra parece cubierta de flores próximas á abrirse, y el cielo con ese matiz rosado que indica la próxima salida del sol. La memoria de otros dias mas felices se la debo al hombre que me ofendió

que me hizo traicion. Pero ¿qué os debo á vos cuando he perdido mi dicha para siempre? Decid.

Conmovido por sus palabras, y mas aun por la energia con que fueron pronunciadas, Darrell, aunque no reconocia en ella el derecho de acusarle, respondió con dulzura:

— Perdonadme, no es este momento de despertar en mi dolorosos recuerdos; pero reflexionad un momento, y comprendereis que no he sido tan cruel. En iguales circunstancias cualquier otro hubiera mostrado la misma severidad.

— ¡Cualquier otro! exclamó Arabela; sí, es posible; pero ¿podia hacerme tanto daño el desprecio de otro? Las ofensas de los malvados no nos impelen contra el bien; pero el escarnio de los buenos nos hace odiar la virtud. ¿Qué me hubiera importado el desden de otro hombre? Pero el sabio es considerado como indulgente, debe conocer la debilidad humana, porque ni el mismo está libre de ella; lo que á otros inspira solo desprecio, debe excitar su compasion.

Mrs. Crane se detuvo un momento, despues añadió lentamente:

— Compasion era lo que necesitaba. Si vos ó una persona honrada como vos con la estimacion pública me hubiera dicho: «Tú has pecado, debes sufrir mucho... pero el pecado es digno de compasion, y la compasion te libra de la desesperacion...» Entonces hubiera sido mas apacible para las cosas de la tierra y menos rebelde á las influencias del cielo. Nada mas tengo que deciros, M. Darrell, pero no quisiera separarme de vos con sentimientos amargos. El coronel Morley me ha dicho que no solo habeis dejado salir de aquí en libertad al hombre que no tiene necesidad de nombrar, sino que habeis guardado tambien el secreto de su tentativa. Mi gratitud será grande, y os doy gracias, porque el resto de esa existencia corrompida y herida me pertenece. Quisiera salvar á ese hombre de sus vicios, así como quisiera salvar mi alma de la tentacion. ¿Teneis un corazon bastante grande para comprenderme? Mirad mi rostro, ya habeis visto el suyo; el amor terrenal se ha extinguido ya para siempre en nuestros corazones.

Guy Darrell inclinó la cabeza con respeto.

— Vos tambien, prosiguió Arabela despues de una pausa, y acercándose mas á él, vos tambien habeis amado, segun he sabido, y á vos tambien os han hecho traicion.

Darrell se estremeció y retrocedió:

— ¿Qué le resta á vuestro corazon de su antigua locura? Quisiera saberlo. Tengo curiosidad de saber si el hombre puede sentir como la mujer. ¿Teneis solo resentimiento? ¿teneis solo desden? ¿teneis solo deseo de venganza? ¿No teneis compasion? ¿no teneis ese celoso, ese vehemente deseo, que sobrevive á la afecion de que ha nacido, de que el ser que habeis amado, y que os ha abandonado, quede á su pesar unido á vos todo el resto de su vida por el lazo melancólico del reconocimiento?

Darrell agitó impaciente su mano para impedir que Arabela le dirigiese nuevas preguntas, y si no hubiera sido por el servicio que acababa de prestarle, hubiera expresado con altivez su descontento al verla mezclarse en los secretos disgustos que le atormentaban.

Arabela fijó un momento su mirada en la frente de Darrell, despues dijo:

— Ya lo veo; en vos domina el orgullo inflexible del hombre. ¿No conocéis el perdon! pero confesad al menos que habeis sufrido.

— ¡Ah, sí, he sufrido! respondió Darrell, exhalando un gemido involuntario.

— ¡Habeis sufrido y lo confesais! Puesto que habeis padecido como yo el dolor del abandono, ya no abrigo contra vos ningun resentimiento. No debemos sentir compasion uno de otro, sino respeto. Dos palabras mas. Esa niña...

— Sí, sí, hablemos de la niña. Vos seréis franca... no queréis engañarme. Vos debeis saber que esa niña que pasa por hija de un asesino y ha sido educada por un criminal convicto, no pertenece á mi familia.

— ¿Cómo! ¿No os regocijariais al saber que vuestra raza no concluirá con vos, y que vuestra hija...?

— No sigais, señora, no sigais. Poco importa que se extinga mi raza con tal de que se extinga con honor. ¿Quién desea ver cubierto de oprobio su nombre? No, si esa jóven es la hija de Matilde, decidmelo, sufriré esa prueba como la última que puede enviarme el cielo para mi afliccion. Pero si como tengo motivos para creer, todo lo que me han dicho es una impostura, hacedme el único consuelo que puede experimentar en medio de la ruina de todas mis esperanzas.

— ¡Oh! el corazon del hombre no palpita como el de la mujer, dijo Arabela con voz mas dulce, admirada de la obstinacion de Darrell. Si yo tuviera una hija como esa niña encantadora, que en su abandono y su debilidad necesitará proteccion, de un carácter tan dulce como firme, ¡cuán dichosa sería, cuánto orgullo experimentaria! ¡Hablais de vergüenza, de deshonor! Cuanto mas hubiera rodeado la maldad de negras sombras la existencia de esa niña inocente, mas deberiais amarla y protegerla. ¡Ay! ¡yo no tengo un hijo! Cada vez me pesa mas la crueldad con que traté en otro tiempo á esa pobre niña. Apenas tenia algunos meses cuando me la confiaron. Yo veia en ella á la hija de la pérdida amiga que habia pagado con traicion mi confianza, y que con sus esperanzas de ser algun dia rica, me arrebató al hombre que me pertenecía. Yo veia en ella á vuestra nieta, á vuestra heredera legiti-

tima, y maltratándola me vengaba de vuestra hija y de vos á la vez. No creais que os hubiera yo pedido nunca que la reconocierais. ¡No la hubiera dejado en la ignorancia, no la hubiera hecho sospechar sus derechos á otra posicion mas elevada; y cuando la entregué á su abuelo, el convicto, fué para mí un triunfo el pensamiento de que la hija de Matilde quedaba para siempre desterrada de la sociedad! ¡Horrible pensamiento! Pero entonces estaba loca. Aquel pobre convicto que en vuestra arrogancia de hombre de mundo, abrumais con vuestro desprecio, acogió en su seno al ser que yo habia rechazado, y si la jóven realiza las promesas de la niña, jamás habrá salido flor mas bella del antiguo tronco de los Darrells. Y sin embargo, vos me bendeciriais si os dijese: «¡Tranquilizaos, esa niña no es nada para vos!»

— Señora, no disputemos sobre ese punto. Teneis razon; el corazon del hombre y el de la mujer no laten del mismo modo. Os suplico que respondais á mi pregunta.

— No puedo responderos con seguridad. Jasper me ha asegurado que Sofia es la hija de Matilde; su padre lo cree, yo tambien lo creo. Y nunca he tenido la menor duda hasta que...

— ¿Hasta qué?... ¡En nombre del cielo, hablad!

— Hasta hace cinco años, ó quizás mas, que vi una carta de Gabriela Desmarts, y...

— ¡Ah! esa carta os hizo sospechar como á mí, que esa niña es la hija de Gabriela Desmarts.

Arabela levantó de pronto la cabeza como una serpiente que se dispone á acometer.

— ¡Hija de Gabriela Desmarts! Lo creéis así. ¡Su hija, la que yo acogí en mi casa! ¡Su hija aquella, por la cual acabo de interceder ante vos! ¡Su hija!

De pronto enmudeció. Aquella idea nunca se habia presentado en su imaginacion. Evidentemente la confundia; en una cosa extraña debia pasar indudablemente en su interior.

En el momento de ir á hablarla Darrell, exclamó bruscamente:

— ¡Oh! no me digais ahora mas. Pronto oireis hablar de mí si llego á averiguar algo que pueda disipar estas dudas en un sentido ó en otro. Adios, caballero.

— Aun no. Permitid que os recuerde que habeis salvado la vida de un hombre cuyas riquezas son inmensas.

— M. Darrell, relativamente á mis necesidades, mi fortuna es quizás mayor que la vuestra, porque yo nunca gasté lo que tengo.

— Pero esé desgraciado á quien quereis salvar á pesar suyo, quizás pueda llegar á ser algun dia una carga para vos. Despues de lo que ha pasado esta noche, tiemblo al pensar que la miseria le arrastre á robar en otras casas, que ponga en riesgo la existencia de otros. Permitid, pues que ponga á vuestra disposicion, para que la empleeis del modo que juzgueis mas conveniente una suma suficiente para llenar el objeto que ambos deseamos.

— No, M. Darrell, dijo Arabela con orgullo; suceda lo que quiera, nunca tendrá Jasper Losely que pedir limosna con mi consentimiento. Si el dinero puede salvarle de una muerte afrentosa, yo le salvaré. Y ahora, M. Darrell, escuchadme; ¿qué es el arrepentimiento sin expiacion? No diré que estoy arrepentida, pero sí que procuro espiar mis faltas.

Se oyó por un momento el crujido de la falda de color gris hierro, despues desapareció de aquella habitacion.

Quando Alban Morley volvió á entrar, encontró á Darrell de rodillas en un extremo de la habitacion. ¿Daria Guy Darrell gracias al cielo por los favores que le habia concedido aquella noche salvándole la vida? ¿Era aquello todo? ¿Las últimas palabras de Arabela no han despertado en el pensamiento que pueden ejercer algun dia una influencia saludable sobre sus acciones; que pueden hacer que reemplace en su alma la compasion al desprecio? ¿En ese noble corazon sirve solo el orgullo para fortificar el sentimiento del honor? ¿No ejerce sobre él una influencia despótica? ¿No intenta dominar á su rival la razon? ¿No quiere dominar á la sensibilidad? ¿No quiere devastar un dominio que podria ser bello si no malgastara sus tesoros provocando luchas continuas? ¿Conocerse á sí mismo! He aquí lo mas importante. Indudablemente procede del cielo esta máxima: «Conócete á tí mismo.» Esta verdad nos fué revelada por el antiguo oráculo pagano. ¿Pero nos dijo el oráculo pagano cómo podiamos conocernos á nosotros mismos?

IV.

Jasper Losely caminó á paso corto toda la noche con un frío punzante, sin regresar á la ciudad de donde habia salido para poner por obra su criminal proyecto, ni dirigirse hácia Londres. Evitaba todos los sitios habitados, escogiendo en todas las encrucijadas el sendero que le parecia mas estrecho y mas solitario.

No era el remordimiento lo que le atormentaba, no era tampoco el despecho por haber fracasado su plan, no era la rabia de ver por tierra sus proyectos de venganza, lo que sentia era una profunda humillacion que heria su amor propio, la conviccion de que con toda su fuerza física, se habia encontrado débil en el momento que se habia representado como el de su completo triunfo. Tambien le humillaba la facilidad con que se habia librado del peligro. Hubiera preferido ser

cogido sosteniendo una fuerte lucha en la cual hubiera demostrado su arrojo y su vigor. Inclinado con tristeza sobre el cuello de su caballo, se acusaba á sí mismo de loco y de cobarde.

Hubiera pesado sobre su conciencia un nuevo crimen; pero para él todo era preferible en aquel momento á aquella vergonzosa derrota que acababa de sufrir. No pensaba si Cutts le habria hecho traicion, ó cómo habia recibido Darrell aquel socorro inesperado. No sentia ya el ansia vehemente de la venganza. Darrell ó su cómplice (aun que este le hubiera confesado su traicion) nada hubieran tenido que temer de él en aquel momento. Estaba bajo la influencia de la reaccion que sigue á la excitacion que produce en el hombre su amor propio humillado.

Al despuntar la aurora, Losely se encontraba en el camino real, despues de haber vagado por un laberinto de senderos, frente á un molino, donde supo que marchaba en direccion contraria á la capital, y se encontraba á unas diez millas de Ouzelford. Su caballo estaba ya cansado, y él mismo sentia la molestia de sus dolores crónicos, por lo cual viendo á poca distancia una posada, hizo alto en ella, tomó una fuerte dosis de aguardiente que le producía el efecto del ópio, se acostó y durmió hasta la tarde.

Quando bajó al salon general, lo encontró ocupado por un meeting de inspectores de carreteras. Pidió de almorzar, y le hicieron entrar en una pequeña habitacion enarenada contigua á la cocina. Otros dos individuos, hombre y mujer, estaban sentados cerca de la chimenea delante de una mesa sobre la cual habia un jarro de cerveza. Losely se acercó al fuego para calentarse, fijando apenas su mirada sobre aquellos humildes consumidores.

Estos, despues de lanzar una mirada de reojo al coloso que les interceptaba el dulce calor que habian monopolizado hasta entonces, volvieron á seguir en voz baja su conversacion, en la cual el hombre tomaba la parte del leon del mismo modo que en el *vile modium* que refrescaba sus labios. El traje de este hombre estaba muy usado, cubierto de remiendos y lleno de manchas; pero aun conservaba en la forma y en el corte cierto sello de elegancia bastarda que indicaba que el que lo llevaba habia conocido tiempos mejores.

La mujer tenia algunos años mas que su compañero; su vestido, mas sucio aun que el de aquel, parecia compuesto de pedazos de cieno pegados, y su rostro la hubiera hecho condenar seguramente por cualquier honrado jurado en el reinado de Jacobo I.

Sirvieron el almuerzo á Jasper Losely, y mientras comia y desocupaba su botella de aguardiente, miró muchas veces á aquel hombre con esa especie de interés con que un perdido mira á otro de su especie. A fuerza de mirarle, Jasper empezó á recordar vagamente haber visto en otro tiempo aquellas facciones groseras y aquella peluca enmarañada. El reconocimiento no fué mútuo sin embargo, porque despues de cambiar una mirada con su compañero, la mujer se levantó, se acercó á Losely, le hizo un saludo y le dijo:

— Extranjero, tengo la felicidad para vos. Voy á deciros la buena ventura.

Y al pronunciar estas palabras, sacó de uno de los agujeros de su vestido una baraja cuyos colores casi habia borrado el tiempo cubriendo con una capa de grasa sus figuras. Poniendo aquellas antigüedades bajo las narices de Jasper, añadió:

— Formad un deseo y cortad.

— Dejadme en paz, dijo Jasper, que aunque bastante supersticioso en ciertas cosas y ante ciertas personas, no estaba tan completamente subyugado por esa enfermedad de la imaginacion para tomar á aquella mujer por una sibila. Idos, me daís asco; vuestras cartas huelen mal y vos tambien.

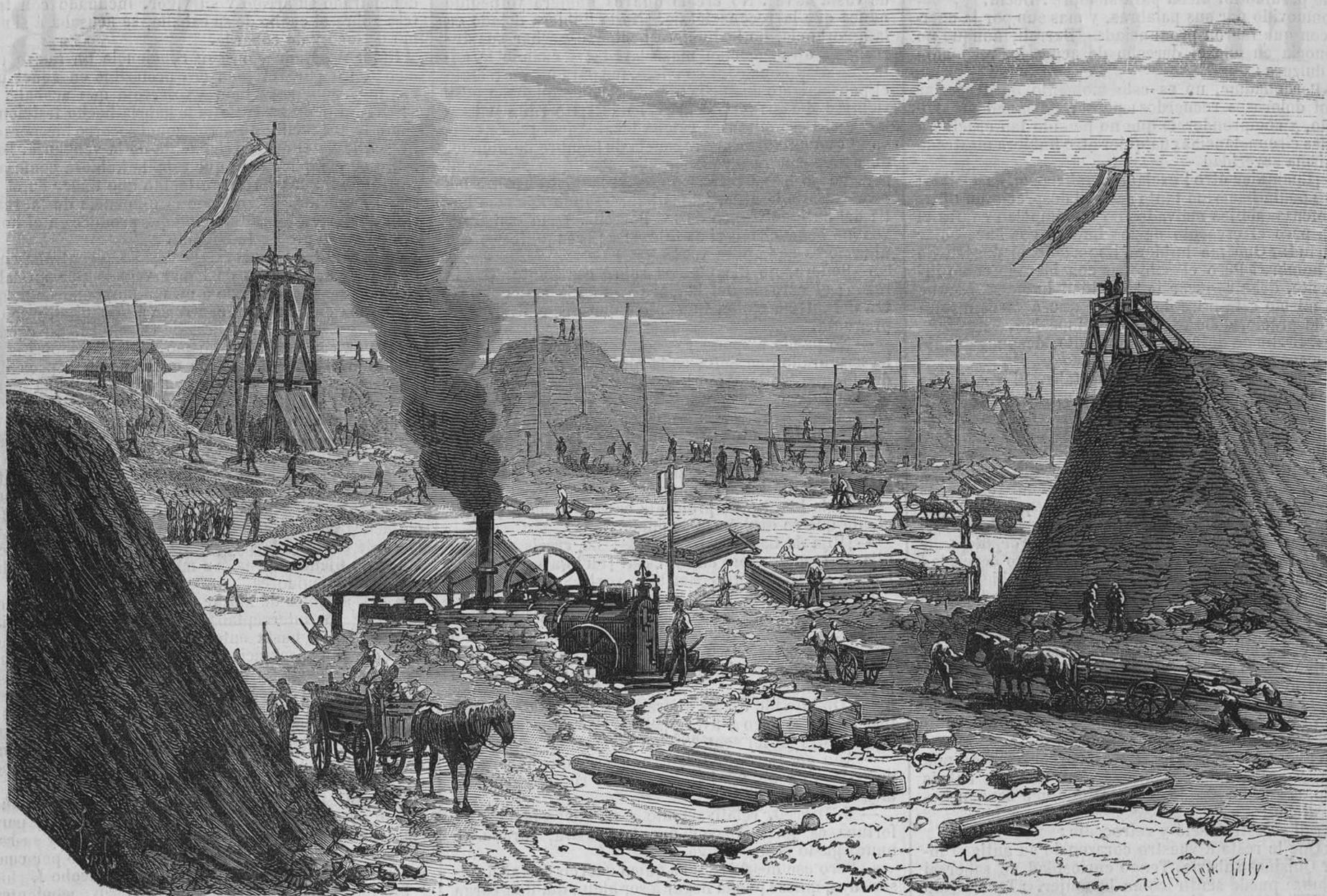
— Perdonadla, caballero, dijo el hombre inclinándose. La hechicera podrá ser desagradable, pero es sabia. Las tres hermanas que saludaron al Thane escocés (Macbeth, caballero, ¿no lo habeis visto en el teatro?) no exhalaban un perfume muy grato, y aunque no iban vestidas con elegancia, sabian muchas cosas. Esta mujer ve lineas de feliz agüero en vuestro rostro. Dejad que os coja la mano y hable.

— ¡Idos al diablo! dijo el irreverente Losely, marchaos, si no quereis que os arroje la botella á la cara.

Y al mismo tiempo asió la botella con actitud hostil. La hechicera retrocedió murmurando, y Losely, despues de almorzar rápidamente, aproximó los pies á la lumbre y empezó á meditar sobre los medios de proveer temporalmente á su subsistencia. Habia gastado la última libra del dinero que habia tomado pocos dias antes de la bolsa de Mrs. Crane, y retrocedia con terror ante el pensamiento de ir á ponerse á merced de aquella mujer. ¿Qué partido tomaria?

Entregado á aquellas reflexiones, volvió la cabeza con impaciencia, y vió que la hechicera y su compañero estaban jugando al ecarté con aquellas mismas cartas que habian ofendido algunos momentos antes de una manera tan desagradable su olfato. El antiguo instinto del jugador se despertó entonces, y levantándose al punto, Jasper siguió con interés la marcha del juego. Como es fácil presumir, aquellos miserables no jugaban dinero. Sin embargo, Jasper comprendió al punto que el hombre procuraba hacer trampas. Entonces miró con mas respeto al jugador, y este, observando el interés que Losely tomaba en el juego, le dijo:

— ¿Quereis jugar? En ese caso puedo arriesgar cuatro peniques. Es toda mi fortuna. Si ignorais este jue-



Las nuevas fortificaciones de Estrasburgo. — Construcción del fuerte de Oberhausbergen.

go francés, podemos jugar al cribbage, ó á otro juego nacional.

— No, dijo Losely con tristeza; con vos nada puedo ganar; en otro caso...

Jasper se detuvo y exhaló un suspiro. Después añadió:

— Pero yo os he visto en otras circunstancias. ¿Qué habéis hecho de vuestro teatro? ¿Os habéis arruinado al juego? Jugando tan bien no es fácil que perdais, M. Rugge.

El ex-director se estremeció.

— ¡Qué! ¿Me habéis conocido antes de la tempestad? ¡Ah! caballero, ¡qué naufragio! ¿Vos me habéis conocido? ¿Erais de la compañía ó simple espectador?

— Simple espectador. En otro tiempo tuvisteis en vuestra compañía un antiguo actor de gran mérito. Creo que se llamaba Waiffe.

— ¡Ah! ¿qué decis? Al oír ese nombre vuelven á abrirse todas mis heridas. A ese nombre execrable está enlazada mi historia.

— ¡Es posible! Entonces será un consuelo para vos referírmela, dijo Losely volviendo á acercar sus pies á la chimenea, queriendo distraerse de sus propios pensamientos.

— Caballero, cuando un gentleman me pide como un favor que le dé una muestra de mi talento de narrador, teniendo ante él la chispeante copa, sin invitarme á participar de su licor, insulta mi desgracia. Caballero, yo soy pobre, lo confieso, he caído como las secas hojas de los árboles al impulso del viento, pero aun late en mi pecho el corazón de un breton.

— Bebed, M. Rugge. Servíos aguardiente y servid á esa señora.

— Sois un gentleman. A vuestra salud, caballero. Hechicera, brinda porque nos alumbren á ti y á mi mejores días. Esta mujer, caballero, es una hechicera, pero hace honor á su sexo. Es un modelo de fidelidad.

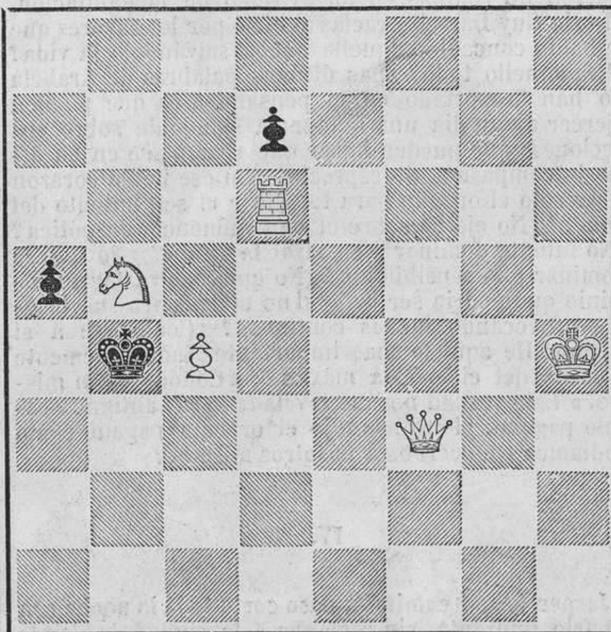
— Es admirable lo fieles que son las mujeres cuando no pueden ser llamadas bellas. Hablo desgraciadamente por experiencia, añadió Jasper, que se hacia mas comunicativo á medida que el ardiente licor disipaba sus negros pensamientos. Ahora, M. Rugge, soy todo oídos, referidme vuestra historia.

(Se continuará.)

Problemas de ajedrez.

PROBLEMA NÚMERO 367, POR M. J. W. ABBOTT.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Las nuevas fortificaciones de Estrasburgo

CONSTRUCCION DEL FUERTE DE OBERHAUSBERGEN.

Los alemanes aprovechan la experiencia adquirida. Las brechas que ellos hicieron en el frente Oeste de Estrasburgo, fueron enormes; y para cubrir ese frente occidental adelantan la primera línea de defensa hasta 6 y 7 kilómetros del cuerpo de plaza, y construyen un cerco de fuertes sueltos que va de Wolfisheim al Sur hasta Reichstett, al Norte pasando por Oberhausbergen, Niederhausbergen y Souffelveyersheim.

Contando del átrio de la catedral, estos fuertes se hallan situados á las siguientes distancias: Reichstett á 7,250 metros; Souffelveyersheim á 6,650 metros; Niederhausbergen á 7,200 metros; Oberhausbergen á 7,060 metros; Wolfisheim á 6,600 metros.

Si se quiere saber qué efecto con la artillería actual podrian tener sobre Estrasburgo, se ve que dominan á las murallas de 20 á 51 metros; pero no se debe considerar su importancia desde Estrasburgo. Esos fuertes no se construyen sino para proteger á la ciudad de los ataques exteriores. Bajo este concepto son de una importancia capital, y los alemanes no economizan nada para hacerlos formidables.

No tienen todos el mismo tamaño y forma, pues varían según el terreno en que están situados. Unos forman un hexágono largo cuyas cuatro caras se extienden sobre unos 140 metros cada una; y otros no son mas que una cortina flanqueada de dos bastiones reunidos. Por todas partes hay minas, como si se temieran ataques subterráneos. Las casamatas pueden dar asilo á una guarnición de 450 á 500 hombres. Lo mas notable en estas fortificaciones es la torre móvil de acero fundido que defiende la gola de cada cortina. Esta torre se halla armada con dos cañones de grueso calibre; gira sobre un eje, y como está puesta sobre unos rails, puede cambiar de puesto tan fácilmente como una locomotora.

Las obras de estas fortalezas se prosiguen con grande actividad. Las piedras de los Vosgos llegan ya cortadas por el canal del Marne al Rhin. Se ha observado que muchas de ellas provenian de la demolición de las murallas de Phalsbourg.

J. B.